UNIVERSITY OF ARIZONA
39001003856344

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/letrasfrancesas0000juan

JUAN PABLO ECHAGÜE
(JEAN PAUL)

LETRAS FRANCESAS

UN LIBRO BOMBA. — LAS IDEAS DE CHARLES MAURRAS. — ALGUNOS CRITICOS. — LA POESIA ACTUAL. — LA NOVELA ACTUAL. — LA LITERATURA FEMENINA. — JEAN RICHEPIN. — CLEMENCEAU. — LAS IDEAS DE PAUL ADAM. — ¿SE MATAN LAS IDEAS? — LAS IDEAS DE M. PIERRE LASERRE.

M. GLEIZER, editor — Bs. Aires 1930.

A

Juan Rómulo Fernández,

Excelente escritor vernáculo
cuyos libros exaltan bellamente la historia
el aspecto físico y el espíritu de nuestra
Sanjuanina.

Cordial homenaje de su comp
vecino y amigo

Juan Pablo Echagüe

LETRAS FRANCESAS

DEL MISMO AUTOR

CRÍTICA

PUNTOS DE VISTA (Mauci, editor).

PROSA DE COMBATE (Sempere, editor).

AL MARGEN DE LA ESCENA (Coni). Escolios de estética teatral.

APRECIACIONES (Coni).

UNA EPOCA DEL TEATRO ARGENTINO (Rosso).

HOMBRES E IDEAS (Gleizer, editor).

EN FRANCÉS

LE THEATRE ARGENTIN (Editorial Excelsior, París).

PAROLES ARGENTINES (Editorial Le livre libre, París).

CUENTOS

LEYENDAS Y CUENTOS SANJUANINOS (Schenone). —Agotado.

EN PREPARACIÓN

ARTES EN FUNCIÓN (Lírica y Dramática europeas).

LOS MÉTODOS HISTÓRICOS EN FRANCIA EN EL SIGLO XIX (Ensayo).

137
E57

JUAN PABLO ECHAGÜE
(JEAN PAUL)

LETRAS FRANCESAS

Un libro bomba. — Las ideas de Charles Maurras. — Algunos críticos. — La poesía actual. — La novela actual. — La literatura femenina. — Jean Richepin. — Clemenceau. — Las ideas de Paul Adam. — ¿Se matan las ideas?. — Las ideas de M. Pierre Laserre.

M. GLEIZER, editor ✻ Buenos Aires ✻ 1930

Queda hecho el depósito
que marca la ley

TALLERES GRAFICOS, G. J. PESCE Y CIA. — P. GOYENA 1562-68

DEDICATORIA

A Rómulo A. Romero

Fraternalmente

J. P. E.

PRÓLOGO

Jean Paul acaba de llenar cumplidamente una embajada extraordinaria. Su figura de señor de las letras hispanoamericanas fué acogida en el viejo mundo con interés excepcional. Ha sido el hombre del día en los círculos literarios de Paris. Estadistas y hombres de letras reuniéronse para agasajarlo. Las publicaciones más importantes bordaron a su respecto calurosos comentarios. Autorizadas firmas francesas estudiaron su personalidad literaria. En ágapes cordiales lo homenajearon destacados representantes del pensamiento francés. René Doumic lo saludó en un banquete en nombre de la Academia Francesa de la cual es Secretario Perpétuo; y, consagración definitiva, el Gobierno de la Gran República condecoró a Jean Paul a título de "homme de lettres", con las insignias de Oficial de la Legión de Honor.

¿Cuales fueron las credenciales de este singular embajador?

Un libro.

A su arribo a la ciudad-luz la "Editorial Excelsior" publicó el "TEATRO ARGENTINO" *tradu-*

cido por Georges Pillement, con estudios-prólogos de Lugné-Poé y Francisco García Calderón, analistas sutiles de los trabajos del crítico argentino.

*Cierto es que la firma de este se conocía ya ampliamente en los círculos literarios de Paris, pues ella se hallaba de antiguo vinculada a una eficaz obra de difusión del pensamiento francés en Ibero-América; pero la aparición de "*LE THÉATRE ARGENTIN*" y la presencia del autor estimularon vivamente las simpatías de aquel medio siempre abierto a las corrientes de los valores positivos que buscan explayarse en la bien llamada capital del pensamiento contemporáneo.*

*Dos aspectos de la producción de Jean Paul acicatearon la curiosidad parisiense. De un lado, aquella le revelaba el nacimiento en las riberas del Plata de un teatro con caracteres de propia personalidad; y de otro le ponía de relieve, a través de "*LE THÉATRE ARGENTIN*", la acción educadora conque nuestro crítico propulsara la eclosión de la escena rioplatense.*

*Max Daireaux en la revista "*FRANCE-AMÉRIQUE*" considera a Jean Paul como el timonel vigoroso y entusiasta, que ha sabido imprimir rumbos al naciente teatro argentino. Georges Pillement en la "*REVUE BLUE*" estudia el sentido profundo que Echagüe ha tratado de infundir a nuestra escena: desterrar la violencia en los efectos y la retórica artificiosa; encerrar en formas delicadas, auténtica substancia pensante y humana; esforzar-*

se por obtener que nuestro arte escénico se nutra de observación y sinceridad. "Jean Paul, —dice— ha sido para el teatro argentino en formación un verdadero consejero, un director de conciencia. Lo ha encauzado, le ha impuesto una disciplina y lo ha guiado en sus temas, orientándolo hacia el terreno de las ideas, hacia el estudio de las costumbres y de los problemas argentinos". Ya Groussac, la más alta autoridad crítica de nuestro país, la más exigente, la más parca en elogios, la que más hondamente ha influído sobre el pensamiento argentino durante los últimos cincuenta años, había calificado de "magistrales, tan notables por el vigor del concepto como por la firmeza y nitidez del estilo" las páginas liminares de "EL TEATRO ARGENTINO" (1).

Coincidentes en apreciar la obra de Echagüe se manifiestan los autores franceses de primera línea, cuyas opiniones ha recogido la editorial "LE LIVRE LIBRE", *en el volúmen recientemente aparecido:* "JUAN PABLO ECHAGÜE ET LE DEVELOPPEMENT DES RELATIONS FRANCO-ARGENTINES" (2) *De la suma de estos análisis, surge la per-*

---

(1) "Mucho me ha interesado en su conjunto su libro *"Una Epoca del Teatro Argentino"*, no solo por la amena variedad de la materia, sino también y sobre todo por lo excelente de la ejecución. Pero confieso que reservo mi preferencia y mi mejor aplauso para el capítulo liminar, páginas magistrales, tan notables por el vigor del concepto como por la firmeza y nitidez del estilo". *Paúl Groussac. Carta al autor.*

(2) París, 1929.

sonalidad literaria de Jean Paul como la de un maestro de la estética hispano-americana.

En efecto, (y esto lo han dicho ya tres espíritus eminentes, dos franceses y uno alemán: Pierre Lasserre, Gustave Lanson y Max Nordau) la obra del crítico argentino alcanza en la formación de la escena rioplatense, el mismo significado que la "DRAMATURGIA HAMBURGUESA" *de Lessing en el desarrollo del teatro alemán. El crítico del Teatro Nacional de Hamburgo supo extraer de la práctica saludables enseñanzos para los profesionales del arte de Talía, y su acción educadora logró encauzar la producción dramática de sus contemporáneos hacia definitivas conquistas; tanto, que aun ahora escenógrafos y actores vuelven a releer con provecho las clásicas disciplinas del autor de "Emilia Galotti". Así también ha guiado Echagüe los inciertos pasos del teatro argentino por senderos rectos y seguros, indicando defectos, alentando iniciativas y elogiando aciertos. No satisfecho con solo registrar el juego de entre bambalinas, ha penetrado resueltamente hasta la médula misma de la creación escénica.*

La obra de arte vive de un perpétuo florecimiento. Como la selva, debe reverdecer en cada primavera. Este incesante renacer manifiéstase por renovaciones sucesivas de la forma y la sustancia. En las viejas literaturas, la materia artística moldeada mil veces por expertas manos, se desgasta y se agota. Entonces recurren los creado-

res a la novedad de la presentación dando nacimiento a los ismos y a las escuelas de vanguardia. En una literatura joven, como la nuestra, cabe encontrar lo novedoso en la materia misma, sin perjuicio de la forma.

Echagüe advierte con su fina penetración el problema y lo propone a la consideración de nuestros comediógrafos. Invita a los autores a estudiar nuestra idiosincrasia y nuestras costumbres. Un pueblo como el nuestro, situado en el marco de una grandiosa naturaleza, que experimenta vivas sensaciones bajo el aguijón de fuertes experiencias, un pueblo que crece y se transforma en un mundo nuevo, debe ofrecer nuevas fuentes de belleza. En un ambiente vivificante para el cultivo de las mejores energías, este pueblo, que lleva en su sangre ascendencias ilustres, tiene que expandirse vigorosamente al contacto de un suelo virgen y fecundo. Los recios luchadores, empeñados en la conquista de las tierras salvajes para someterlas a la civilización, los buscadores de oro, los inmigrantes, los aventureros de toda procedencia que los trasatlánticos vuelcan cada día sobre nuestras playas, todo este choque de seres y ambiciones brinda ejemplares curiosos e inexplotados para crear un arte original. La rápida formación de una sociedad, los flujos y reflujos de sentimientos, determinados en su seno mismo por la génesis de una raza nueva, derivada de viejas estirpes, son cosas que constituyen un fenómeno social extraordinario, pletórico

de temas para magníficos poemas. Busquen ahí los dramaturgos su inspiración; ahonden en las corrientes de la vida nacional; desentrañen sus palpitaciones y estudien cada uno de sus aspectos. Así podrán dar a la literatura universal obras vigorosas e inéditas.

Este es, en resumen, el programa grandioso que el crítico argentino, con un completo dominio del panorama artístico-social de su país, señala como materia virgen que espera quien la plasme. De tal modo hay que perfilar la originalidad de nuestras letras; esa es la manera de llegar a imponer a la consideración del mundo una literatura nacional bien definida.

En cuanto al ropaje externo, también propone el guía, de manera indirecta, sus teorías. Sugiere que no hay que aprisionarse en los módulos gastados, ni tampoco dejarse arrastrar por la moda efímera de los ismos. Rehuyan los autores las manera meticulosa y fría; procedan por vastas síntesis. Ni sarcasmos ni pesimismo. (Un pueblo joven no puede ser triste, la paradoja del ilustre Keyserling). El tono que nos conviene es la vivacidad alegre, el brío y el optimismo de la mocedad, el tono lírico y triunfal, que sea capaz de traducir fielmente los ritmos de nuestras esperanzas, la agitación de nuestra marcha hacia el porvenir, la inmensidad de nuestra existencia total, amplia y grande como las pampas y los Andes.

Magnífico programa.

El que lo propone es un precursor clarividente — como exclama, al conocerlo, el gran Antoine, eximio crítico y animador artístico, cuya influencia sobre el teatro francés de fines del pasado siglo, y aún sobre el actual, es comparable a la que Jean Paul ha ejercido sobre el nuestro.

*Tal es, a grandes rasgos, la estética de Echagüe, comprendida en toda su amplitud por el sutil espíritu francés. Ella finca en modelar el lino virgen sobre normas propias de perfecta armonía. Su enseñanza es benéfica no solo para el teatro, sino también para todas nuestras manifestaciones literarias. Así lo ha pensado el criterio artístico de París, que merced a la acción y la presencia del mentor argentino se ha interesado por conocer el nacimiento y los primeros pasos de una nueva literatura en tierras de ultramar, dedicándoles un estudio general a los autores argentinos en la "*REVUE DES DEUX MONDES"*, cumbre casi inaccesible del pensamiento latino, cuya mirada importa una consagración para las patrias letras. Dos veces tan solo, durante sus cien años de existencia, habló la "*REVUE DES DEUX MONDES"* con particular deferencia y amplitud de nuestra producción mental: una con motivo del* FACUNDO *de Sarmiento al acogerlo en sus columnas; otra en ocasión del libro de Jean Paul traducido al francés.*

Embajadas como esta, son las que nos convienen, ya que intelectualmente somos poco menos que desconocidos en el viejo mundo y ya que lo

que perdura y acrecienta el prestigio de un pueblo es su valimiento espiritual.

Acaba el escritor de regresar de su triunfante gira. Su prédica y su programa traen la aprobación y el aplauso de una cultura milenaria. Nuestra escena no puede estar en decadencia, el mismo crítico lo dice, porque nuestro teatro se encuentra aún lejos de haber alcanzado su maduréz. Es por lo tanto absurdo afirmar que muere de vejéz un recién nacido. Hay autores capaces de cumplir gallardamente el programa enunciado. Hay actores que, bajo disciplinas eficaces, pueden llenar su cometido. Estamos pues en condiciones de hacer la obra artística, original, único fundamento del genio de una raza: ¡TENTANDA VIA!

*

* *

Pero la misión de Jean Paul no hubiera sido completa, ya que la diplomacia de las letras exige, como la otra, una permutación de valores, si el misionero no nos hubiera refractado a través de su observación el alma pensante de Paris.

Antiguo cultivador de aquel espíritu, cuyas fuentes nutrieron desde temprano su mente, Jean Paul volvió con los ojos bien abiertos a la divina Lutecia de sus días juveniles.

Desde esta eminencia singular de la cerebración sudamericana que es Buenos Aires, antena recep-

tora de todas las ondas espirituales del mundo, nuestro escritor se había dedicado largo tiempo a captar y difundir aquí las vibraciones esenciales de la mentalidad de Francia, nuestra hermana en latinidad.

De nuevo en la tierra del dulce ambiente y los filósofos sutiles, escribió allá para nosotros la série de ensayos que ahora reúne bajo el título de "LETRAS FRANCESAS". *Otro libro, que no me toca juzgar aquí, aparecerá en estos días en París. Se denominará* "PAROLES ARGENTINES" *y contendrá los estudios relacionados con nuestro país que Jean Paul publicó en periódicos y revistas del Sena. Pues al mismo tiempo que escribía en nuestra prensa sobre el movimiento espiritual francés, difundía en la prensa de Francia, nociones y conceptos argentinos. Así su obra se integraba. Así propendía a la recíproca comprensión de los dos pueblos. Así establecía entre ellos, corrientes continuas de sentimientos y de ideas a través del Océano.*

Iníciase el presente volumen con el estudio de la "HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA" *de Pierre Gaxotte. Un "libro-bomba" denomina a esta obra. De aceptarse las conclusiones de Gaxotte, muchas teorías políticas se desmoronarán en Francia. Nosotros hemos tenido por axioma histórico que las ideas de la Revolución Francesa fueron génesis espiritual de nuestra Revolución de Mayo. Nuestra sociología ha basado en aquellos pos-*

tulados sus más trascendentales consecuencias. Si la obra de Gaxotte removiese fundamentos tan sólidos, es obvio que se impondría proceder a grandes revisiones. Tales sugerencias quedan en el lector a través del ensayo de Jean Paul.

En "LAS IDEAS DE CHARLES MAURRAS", *hácese una aguda cuanto ordenada y clarísima explicación de las teorías políticas y literarias del Jefe de "L'Action Française" de su doctrina y de su influencia en la vida francesa. El dinamismo de este personaje que encabeza en Francia un vasto y poderoso movimiento de opinión político-literaria, trasciende del comentario vivo, se infiltra en el ánimo, e invita a meditar...*

"LA POESÍA ACTUAL" *es un examen de las evoluciones estéticas de la poesía francesa: de Rimbaud a Paúl Claudel. Analiza allí su autor, las normas de las escuelas literarias, que se han trasmitido el cetro de la poesía, a partir del ocaso del romanticismo. Claudel y Cocteau son sin duda dos de los más característicos representantes del verso sin rima ni medida: la llamada "poesía pura". Al destacar el valor de sus obras, desentraña la influencia, que la misma ejerce en el actual momento de la lírica francesa, y por repercusión en la extranjera, particularmente en la nuestra.*

Vuelve luego el argentino su atención hacia los críticos franceses más escuchados por la generación actual, y analiza las ideas y teorías, de donde cada

uno de ellos saca autoridad para orientar el sentir colectivo.

Observa la novela de la hora presente: sus tendencias, según los autores, el favor del público, según sus gustos. Hace la exégesis de algunas de las obras más características y difundidas, y se explaya en apreciaciones generales y particulares sobre autores en boga: sobre sus tendencias sensitivas y pensantes, sobre su técnica particular. No cree Echagüe que se halle en decadencia la novela; antes bien, en el impulso renovador solo hay para él una trasmutación de valores. El público lector se muestra cada vez más ávidamente atento a las nuevas obras y a los nuevos autores. La forma novelada de las biografías, hoy tan en favor, demostraría que lejos de acercarse al ocaso, este género literario se renueva como los otros, trasponiendo sus tradicionales fronteras para invadir atrevidamente campos inexplorados.

¿Qué desarrollo ha alcanzado la labor de la mujer en las letras, cual es su valimiento y su aporte al fondo tradicional de la raza? He aquí el tema del estudio titulado "LETRAS FEMENINAS" *que penetra en la psicología de la mujer considerada como sujeto capaz de perfeccionar la realización de la obra de arte, y señala los límites hasta los cuales pueden alcanzar sus posibilidades creadoras.*

En el trabajo "¿SE MATAN LAS IDEAS?" *descubre Jean Paul al verdadero autor, — Hipólito Fortoul, — de aquella conocida frase atribuída a*

Sarmiento: "Las ideas no se matan", escrita por él sobre una piedra del cerro de Zonda, cuando huía perseguido a Chile. Creían algunos que la paternidad de la sentencia pertenecía a Hugo. Echagüe muestra que ella ha sido emitida en Francia por diversos escritores. A este respecto trae un emotivo recuerdo de su ilustre comprovinciano. Siendo un niño todavía, le oyó en su casa paterna pronunciar por primera vez a Sarmiento el nombre de Fortoul. Esta circunstancia le sirve de hilo de Ariadna para llegar al creador del apotegma célebre, para comentar la obra y la actuación del mismo, para completar la reseña con una noticia biográfica, y en fin, para epilogarla con una penetrante crítica relativa al valor filosófico de la resobada sentencia.

Sendos estudios sobre las "IDEAS DE PIERRE LASSERRE" *y* "PAUL ADAM", *profundizan el examen de la obra crítica, artística y filosófica de los dos grandes pensadores franceses. Son sin duda los más completos y desarrollados ensayos que sobre tales autores se han realizado entre nosotros. Escasos fueron hasta ahora los autores argentinos, que se dedicaron a este género literario. Nuestra jóven literatura no ha tenido tiempo de producir ensayistas profundos. Jean Paul contribuye de este modo a proseguir en Hispano-América la obra iniciada por Rodó en el Uruguay y Donoso en Chile.*

Y finaliza esta revista de valores espirituales de la Francia contemporánea con dos reportajes ágiles y breves a otros tantos altos exponentes del pensamiento francés. Uno en política: Clemenceau; otro en estética: Jean Richepin. Aquí el avezado periodista que hay en Jean Paul, aporta su eficacia al observador para sus apreciaciones de conjunto sobre la obra de los grandes cerebros de la Francia inmortal.

*Tal es, en resumen, "*LETRAS FRANCESAS*", compuesto solo en apariencia por artículos discontinuos, pero cuya esencial unidad consiste en ofrecer un panorama espiritual de Francia a la hora de su magnífico reflorecimiento de post-guerra. La visión integral del crítico abarca casi todas las actividades del espíritu soñador de Lutecia: casi todo el tumulto de ideas que hierve en ella después de la formidable tormenta que sacudió su raigambre secular.*

En substancia, nos hallamos en presencia de un paisaje: el paisaje de las actuales letras francesas, vistas a través de un prisma americano. Para el lector europeo el libro ha de resultar un documento testimonial del juicio extranjero. Para el argentino un breviario de las teorías conceptos y principios estéticos con que el pensamientos francés influye hoy por hoy sobre la cultura universal.

*Puede también "*LETRAS FRANCESAS*" ser considerado como el informe (a completarse con "*PAROLES ARGENTINES*"), en que Echagüe da*

cuenta de la alta misión por él cumplida en bien del pensamiento nacional. No es dudoso que lo recibirá con el más vivo interés, dentro y fuera del país, esa inextinguible avidéz intelectiva que tan imperiosamente impulsa a los pueblos de todas las razas, a tratar de descifrar el turbador enigma del alma encantadora de Paris.

ATALIVA HERRERA.

UN LIBRO BOMBA

León Daudet le corresponde este título explosivo. Lo emplea para saludar desde Bélgica, en donde se encuentra refugiado, la reciente obra de Pierre Gaxotte "ese obús que desgarra y dispersa en las zonas intelectuales, la atmósfera irrespirable ya de la Revolución Francesa y sus consecuencias". Así expresa el genial escritor y formidable polemista su impresión — que es también la de gran número de franceses — ante estas páginas "libertadoras del espíritu agobiado por supersticiosas idolatrías". Desde ciertos puntos de vista el libro de Gaxotte es, en efecto, una revelación. Leyéndolo parece que se desplomase todo un siglo. Y los partidarios de la "Acción Francesa" cuya cantidad acrece cada día, no se muerden la lengua para proclamar a los cuatro vientos que las ideas democráticas salidas de la "grrrande revolution" (como ellos escriben sarcásticamente) ante las cuales agita su mohoso incensario la historia oficial, no son ya sino viejas quimeras que jirón a jirón se desvanecen.

Acaba de morir Alphonse Aulard, el hombre que con más áspera energía y tenaz obstinación trabajó por sostener la leyenda revolucionaria. Historiador concienzudo pero carente acaso de espíritu crítico y demasiado partidista para mostrarse independientes, se ha llevado a la tumba lo que álguien llamó aquí "sus imaginaciones", imitadas o continuadas del centelleante Michelet. Todavía no había muerto su pontífice, cuando el culto revolucionario sintió de pronto que sus ídolos eran violentamente sacudidos. ¿Quién osaba profanar el viejo templo? Era Pierre Gaxotte, escritor de treinta y dos años de edad (sus orígenes mediatos son españoles según él mismo me lo ha dicho, y su nombre parece ser — ¡simbólica etimología! — una metamorfosis idiomática de Quijote), espíritu sutil y lúcido, que daba a la circulación su *Revolución Francesa,* libro extraordinario cuyo atrevimiento sólo es comparable a su belleza.

Desde que él se publicó, para un número considerable de lectores el panegírico oficial de la "grrrande revolution" ha muerto. Un solo ejemplo para mostrar el efecto producido entre los colegas del autor por su crítica implacable: "Gracias — le escribía M. Rossignol, profesor de historia de la antigua escuela — gracias os sean dadas, joven y glorioso camarada, por habernos librado al fin de atroces pesadillas".

El triunfante idealismo de las victimas del "Ancien Regime", época de opresión, de tiniebla y de

prisiones; el entusiasmo delirante de los voluntarios del año II, que partían descalzos y sublimes a llevar a todos los rincones de Europa la revolución y la paz; la virtud de Dantón, el Terror impuesto por las perfidias de los emigrados y de los frailes, siempre ansiosos de reconquistar su funesto predominio: tal era la leyenda dorada que la enseñanza oficial había propagado durante más de un siglo, auxiliada por la elocuencia de un Michelet y la poesía de un Hugo. Lo que millares de franceses consideraban — sin atreverse todavía a proclamarlo — mascaradas siniestras, románticos novelones a lo Lamartine (el cual le debió a su historia de los *Girondinos* el presidir los destinos de la revolución de julio); iconolatrias laicas que llenaron de santos revolucionarios los templos de la Razón y de la Libertad, todo eso se derrumba bajo la pluma devastadora de Pierre Gaxotte.

¿Es acaso que este libro no tiene precedentes? Afirmarlo importaría desconocer las investigaciones realizadas en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX. Gaxotte no ignora el trabajo de sus antecesores: el de Taine, que en los *Orígenes de la Francia Contemporánea* denuncia los horrores jacobinos; el de M. Louis Madelin que, mejor documentado, trazó poco antes de la gran guerra un cuadro rápido pero seguro del decenio 1789 a 1799, en el cual destruye entre otras infladas leyendas, la de la toma de la Bastilla, y

descubre bajo la obra religiosa de la Revolución el fermento envenenado de agrios rencores y secretos odios. Fueron aquéllas, sin duda, las primeras tentativas serias que se hicieron para contradecir osadamente la opinión en boga; más Taine cayó un poco en el satanismo llevado por su obsesión de descubrir jacobinos endemoniados en todas partes; y Madelin no pudo o no quiso servirse de las últimas indagaciones eruditas relativas al estado económico de la época, prefiriendo refugiarse en una ironía que frecuentemente encubría mal su incertidumbre a tal respecto. Pierre Gaxotte domina, por el contrario, esas cuestiones. Y así acaece que, en su obra, el arte, el pensamiento y la ciencia se amalgaman.

Su ciencia, desde luego, es segura. Ha hecho el análisis de todos los trabajos que en los últimos tiempos aportaron nuevos elementos documentarios a la historia de la Revolución: así los de Agustín Cochin harto temprano desaparecido, quien, además de la influencia de las sociedades secretas, mostró ignorados hervideros de "rousseausismo" y de "filosofismos" determinantes del movimiento revolucionario; así los de Marión, eminente escrutador de problemas financieros y sociales, cuya fría mirada de técnico penetrando hasta la vida real del pueblo francés durante el imperio de los asignados, puso al descubierto la inexperiencia y la corrupción de las figuras dominantes de la Comuna; asi los de Albert Mathiez,

venido de bien distinto horizonte político, quien gracias a pacientes rebuscas en los archivos, exhibe cada día en su *Revue des Etudes Robespierristes* inesperados aspectos de los "próceres" de la Revolución, entre los cuales Dantón, el hombre de la audacia, "el abogado de los aullidos de dogo" aparece siniestramente clavado en la picota. Hay, en fin, otro nombre que no debe olvidarse cuando se comenta el libro de Gaxotte: el de M. Piere de la Gorce, autor un tanto pesado y difuso pero extraordinariamente concienzudo. Examinando en la *Historia Religiosa de la Revolución Francesa* este importante aspecto de la gran borrasca, M. de la Gorce acredita una ecuanimidad y una comprensión que contrasta con las vistas de M. Mathiez, siempre obsedido por su intransigente y agresivo materialismo histórico.

Tiene, pues, sus antecedentes el trabajo de Gaxotte. No se crea por eso que nuestro autor se sirve de documentación ajena. Se trata de un admirable conocedor, por información propia de los antecedentes de la Revolución y, — no vacilo en afirmarlo — de uno de los grandes historiadores del "Ancien Regime". Trabajador encarnizado, fué a escudriñar los archivos de provincias después de agotar los de Paris, con el propósito de buscar datos para un estudio sobre la "corvée". ¿Qué materia más propia para instruirlo respecto a la situación de los paisanos, el estado de las campañas, las exigencias, las necesidades y las aspira-

ciones de las clases rurales en la época correspondiente?

Así pertrechado dióse el autor a demoler con la decisión y el vigor que el asunto exigía, todo cuanto sus prolijas pesquisas le hicieron aparecer como falso en la historia oficial de la Revolución: la leyenda del pueblo oprimido y casi siervo, agobiado de impuestos, maltratado por los señores que saqueaban sus cosechas, arruinado por un clero insaciablemente ávido de diezmos, y con los ojos vueltos — último consuelo — hacia la suprema esperanza que le traían estas palabras mágicas LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD...

El cuadro que en contraposición del anterior pinta Gaxotte, hace pensar por momentos en la famosa frase de Talleyrand: — "Los que no vivieron bajo el antiguo regimen, no sabrán jamás lo que es la dulzura de vivir".

Fué sin duda aquél un siglo enervado, pero no es cierto que todo estuviera para él perdido — se aplica a demostrar nuestro autor. Los reyes Capetos, que con su lento y obstinado esfuerzo hicieron la unidad de Francia, le dieron también el orden y la libertad, esforzándose por equilibrar en el conjunto el juego de diversas instituciones. ¿Anarquía? Tal vez... Pero precisamente de esa anarquía se derivaba "la dulzura de vivir". Múltiple por sus estatutos, el reino Capeto era uno por la persona de su soberano. Numerosos privilegios debían ser respetados por los administradores del

antiguo régimen: así los parlamentos de algunos Estados, lo cual venía a resultar descentralización, es decir, el feliz regionalismo que muchos reclaman hoy en Francia a grito herido. Al cabo de largas y complicadas tentativas, la realeza había resuelto el problema de gobernar sin oprimir. Que se compare, por ejemplo, el prefecto actual con el antiguo intendente: ¿cuál de aquéllos puede equiparar su obra a la realizada antaño por Turgot en el Limousin o por Tournay en Burdeos? ¿Cuál de aquellos emplea ahora en los documentos oficiales el lenguaje que en el siglo de la cortesía usaban éstos?

Después de la leyenda de la opresión veamos la de la miseria. Mathiez había dicho ya que la Revolución estalló, no en un país arruinado, sino por el contrario, en un país plenamente próspero y floreciente. En el segundo capítulo de su libro Gaxotte lo prueba con abundancia, poniendo de resalto cómo nace en Francia por entonces la gran industria, cómo se desenvuelve el comercio que en 1788 alcanza la cifra de mil sesenta y un millones, cómo se multiplican los caminos propicios al intercambio interior. ¿Sería únicamente la rica burguesía la que aprovechaba tal prosperidad, y no seguirían a pesar de ésta en la miseria las poblaciones de los campos? Historiadores hay que así lo sostienen. ¡Apariencia!, afirma Gaxotte. La verdad es que el paisano exhibía una falsa pobreza, inducido a ello por el sistema de impues-

tos en vigencia. La "taille", por ejemplo, tributo rural por excelencia, gravitaba sobre los signos exteriores del bienestar: buena mesa y buen vino. No se necesitaba más para que los paisanos ocultasen una y otra cosa. Aquellos "animales lívidos" eran en realidad casi siempre propietarios, y los pretendidos derechos feudales sobre las tierras de laboreo habían quedado reducidos a interminables pleitos enredados por hidalgüelos sin recursos y rábulas de aldea. Esto en cuanto a los campesinos. Por lo que a los obreros y al bajo pueblo de las ciudades se refiere, el gobierno real se aplicaba con particular empeño a protegerlos: en las fronteras mediante una sabia política prohibicionista, en el interior mediante minuciosas reglamentaciones extensivas al pan, a las subsistencias y al trabajo.

Para Gaxotte la verdadera culpable de los sufrimientos materiales del pueblo — relativamente feliz antes del año 99 — fué la revolución llevada a efecto por esos ideólogos a quienes se llamó "economistas". Se empieza a comprender a partir de tal fecha, que el cuadro de la revolución libertadora era un engaño; que no fué un tirano sino un amigo del pueblo el rey de la Francia libre y próspera decapitado el 21 de enero de 1793; que con sustituir por disposiciones rígidas y artificiales la concertada diversidad de las instituciones anteriores, se ha arruinado el país; que nadie se ha emancipado en suma, y que sólo cuando conti-

nuaron la bienhechora acción de la reyecia, pudieron los reformadores realizar obra útil y durable. ¿Era necesaria, para llegar estos resultados, la actividad implacable y trágica de la guillotina?

No procede Gaxotte, como se ve, por disquisiciones grandilocuentes y vacías. Va directamente, primero a la comprobación y luego a la interpretación de acontecimientos políticos sólo explicables por el estado de los grupos sociales y de sus necesidades económicas. Esta preocupación del factor económico, insuficiente en Taine y apenas perceptible en Madelin, es una de las más fuertes bases del presente libro. El historiador ha indagado en las solicitudes, las quejas de los administrados, los libros de cuentas, las planillas y los informes de la Administración. Allí ha encontrado el rastro de la vida material cotidiana, única importante para el hombre hambriento y mísero. Merced a tales métodos ha podido renovar Pierre Gaxotte la historia de la Revolución Francesa.

Más no ha de creerse que todo el mérito de su trabajo está en la minucia de la documentación; mucha parte de aquél, la principal, debe buscarse en la penetración de un espíritu que sabe extraer la partícula de verdad oculta en el fárrago. Un simple erudito habría presentado sus fichas ordenadas y nos hubiera dado una historia para cinematógrafo: nuestro autor rompe el hueso y pone al descubierto la médula. Sus búsquedas sometidas al reactivo de su crítica tienden a probar que

la Revolución fué el predominio de los agriados y los rencorosos, de los individuos sin fe ni ley, de los pescadores de agua turbia que suelen multiplicarse en las horas de tormenta. Y reflexionando sobre los hechos plantea así el problema:

¿Cómo sobrevienen de pronto la monarquía constitucional, la República y el Terror en una Francia enriquecida y próspera, cuyos diputados llegan a Paris desde todos los rumbos, con instrucciones reveladoras de la más absoluta lealtad monárquica en las distintas clases sociales por ellos representadas?

Fuera pueril buscar en las anécdotas la causa de una transformación tan honda y súbita como la que trastorna por entonces las añejas instituciones francesas. No fué por ejemplo el famoso apóstrofe de Mirabeau al Marqués de Dreux-Brezé el que señaló el derrumbe de la monarquía: hubieran bastado unos cuantos guardias para dar cuenta del orador y de su retórica. Que no se arguyan tampoco las dificultades financieras del Estado, monstruosamente aumentadas por el imbécil ginebrino Necker; la crisis podía remediarse, los Estados Generales no eran indispensables. Pero si era indispensable "querer". Y he aquí lo que nadie hizo. La Revolución se propagó merced a un relajamiento epidémico de las voluntades gubernativas.

¿Donde se gestó el drama? En las vociferaciones de los clubs, en las fraseologías de aparato, desprovistas al par de toda noción de realidad y

de todo idealismo verdadero; en los fabricantes de Constituciones de bufete, ayudados por fantoches de peluca, aspirantes a parlamentaristas; en los nobles inconscientes que iban a aplaudir la representación prohibida de *Le Mariage de Figaro*. Frente a ellos una realeza carente de fe en si misma, un monarca impregnado de Fenelón y de Rousseau — es decir, gangrenado por el virus filosófico de la época — que apenas subido al trono destruye la inteligente reforma por medio de la cual suprimiera Luis XV ciertos Parlamentos. Y como complemento del cuadro he aquí a María Antonieta compelida por el "burguesismo" del siglo a menoscabar la dignidad real con sus ocupaciones de granjera en el "hameau" del Trianon. Todo ello comporta para los soberanos baja de prestigio y, cosa más grave todavía, pérdida de conciencia de la propia fuerza.

Un poder desfalleciente, incapaz de reacciones salvadoras, cediendo a las utopías que proclamaban "la bondad natural del hombre" y avasallado por energúmenos tenazmente empeñados en hacer triunfar sus nebulosas quimeras, no sólo contra el buen sentido, sino también contra todas las enseñanzas de la realidad política, económica y social: eso fué la Revolución. Una autoridad roída por dentro, una ideología deletérea, la chusma en delirio, y no se necesitó más para que "esto matase aquello", se sabe ya con qué sangrientas manos.

La catástrofe se ve venir. En los Estados Generales las elecciones se practican por medio de un sufragio universal. Sin preparación, sin instrucción, el pueblo se encuentra de repente en el caso de llevar a cabo un acto que no comprende bien y cuyas consecuencias no alcanza a percibir. En vez de iluminársele mostrándole los candidatos sanos que puede y debe elegir, se le abandona a su ignorancia, es decir, a sus preferencias instintivas que lo llevan a votar por los palabreros, por los abogados de provincia, por los afiliados de los clubs. Y henos ya en plenos Estados Generales. Por un momento parece que el Rey va a hacer acto de autoridad, pero una vez más concluye por dar prueba de su debilidad incurable en su respuesta a Dreuz-Brezé.

14 de julio de 1789. Dejemos la palabra a Gaxotte:

"Al anuncio de la toma de la Bastilla el Rey no reacciona más de lo que había reaccionado Lambesc bajo la pedrea de ladrillos y botellas rotas. O más bien reacciona como éste: cediendo en todo. Despedida de Breteuil, llamada a Necker, retiro de las tropas, reconocimiento de la municipalidad ilegal, solemne visita al Hotel de Ville, insolente arenga del alcalde Bailly, abandono de la escarapela blanca por la escarapela de color: nada lo detuvo".

Con la toma de la Bastilla la flaqueza de la autoridad quedó confirmada. Que un puñado de

gendarmes hubiera resistido y el heroico populacho se habría desbandado a la carrera. Toda precaución de resguardo es rehusada por la seráfica confianza de los reyes, y aprovechándose de ello, en las jornadas de octubre la turba se precipita a Versalles, arranca del palacio al "boulanger, la boulangére et le petit mitron" y los conduce a París entre odiosas y grotescas algaradas. Víctima de consejeros traidores o trastornados por el miedo, Luis XVI les ordena a sus suizos el 20 de junio que no resistan: una horrible carnicería sobreviene y el monarca se ve obligado a brindar por la República. De etapa en etapa, fatalmente, visiblemente, su lamentable debilidad lo va empujando hacia la guillotina...

Una ley interna que Gaxotte desentraña preside el desarrollo de la Revolución. Nada de sutiles distingos entre las diversas asambleas revolucionarias. ¿Que los constituyentes fueron ideólogos burgueses ansiosos de libertades políticas, mientras los convencionales aparecen como los verdaderos impulsores del movimiento por el hierro y por el fuego? ¡Error!, proclama el historiador. La acción de la Constituyente comprometió el porvenir de tan profundo modo que la Legislativa y la Convención no pudieron luego hacer otra cosa que soportar cuando no difundir sus efectos. No hay discontinuidad entre las diferentes Asambleas. "Todo el mecanismo del período revolucionario — establece Gaxotte — consistió en de-

jar que los partidos avanzados llevasen la iniciativa y que los motines dirigieran la política". Gracias a esta fórmula que viene a ser la llave de su teoría, el escritor explica con implacable lógica el desarrollo de los sucesos: la nación que reclama la paz mientras los descamisados quieren le guerra pues solo por la guerra pueden mantener la propia supremacia. Para durar, los descamisados se dan a la matanza, cuyo pleno florecimiento es el Terror. Y sobre este punto nada de atenuantes: "el Terror dice Gaxotte, es la esencia misma de la Revolución, porque la Revolución no es un simple cambio de régimen, sino una convulsión social, una empresa de expropiación y de exterminio". Nunca se mostró tan clara como entonces la siniestra solidaridad que se establece entre los hombres cuando la fiebre de destrucción los aproxima. Así la turba incendiaria devora las etapas y llega en cinco años a la devastación casi total; así Robespierre se substituye a la monarquía capeta; así se produce una de las más abominables mortandades de la historia; así la máquina destartalada corre locamente a través de todos los experimentos políticos.

Si considerado desde ciertos puntos de vista este libro tiene el alcance de un tratado de filosofía política y social, contemplado desde otros ofrece el ejemplo de un alto significado moral. El fenómeno "revolución" suele ser, no sólo colectivo, sino también individual. Para comprobarlo basta

con detenerse a examinar el retrato ideal del "hombre de bien" anterior a la Revolución que pinta Gaxotte, comparándolo con el del revolucionario. "El hombre, tal como por aquel entonces se le concebía — dice — era un ser consciente y reflexivo, que les imponía silencio a sus pasiones y apetitos para someterse a una regla superior de orden y armonía. Se precavía de las fantasías, de las singularidades del sentimiento, de los actos instintivos, de todo lo turbio y mal definido, de los impulsos inconscientes que suelen obscurecer los espíritus más limpios, como obscurece la sombra de una nube la superficie de un estanque. Conociendo sus debilidades, no fundaba la ciencia y la moral en sus deseos. Gustaba de la jerarquía y de la disciplina. La gloria estaba para él en someterse a la experiencia, a la lógica, a la tradición que es experiencia acumulada. Era cristiano y conservador. Abominaba las asonadas y las revoluciones. Amaba lo universal y lo estable. Se complacía en encontrar las mismas verdades permanentes y generales en todos los tiempos, en todos los países, bajo todas las modas y apariencias. Tenía el don de la organización y el sentido de las realidades; era recto su espíritu y amaba lo bello".

En su significación intrinseca, ¿no viene esta *Historia de la Revolución Francesa* a coincidir con la tesis sostenida por el moralista Paul Bourget en su novela *Nuestros actos nos siguen?* La

tormenta revolucionaria que Gaxotte nos describe, ¿no materializa ante nuestros ojos la noción cristiana de la responsabilidad total, del valor potencial y dinámico de las acciones humanas?

Un libro tan vigorosamente pensado debía ser y es, en efecto, un bello libro. Su lógica resulta convincente porque jamás pierde de vista la vida. Leyéndolo se recuerda a Michelet, un Michelet mejor nutrido y menos lírico. Como en las de su gran antecesor, resalta en las páginas de Gaxotte la facultad de evocar y analizar las fuerzas catastróficas que se desencadenan sobre pueblos e individuos. Y luego, ¡qué movimiento y qué color en sus pinturas cuando traza, por ejemplo, los cuadros de carnicería de las matanzas de septiembre, de las de Lyon y de Toulon y de las "noyades" de Nantes! ¡Qué vivacidad en los pasajes que reproducen los ambientes penumbrosos donde se engendró la Revolución! Todo ello escrito en un estilo nervioso y pleno que restalla como látigo cuando descubre lo paradojal de una situación o lo inconsciente de una época. Cada palabra robustece el sentido de la frase y cada fórmula condensa una idea. Si, por ejemplo, se quiere saborear un modelo de lirismo irónico, léase la página dedicada al culto de la naturaleza en el siglo XVIII.

¡Pero qué digo una página! Hay que leer el libro entero.

LAS IDEAS DE CHARLES MAURRAS

L guía de la "Acción Francesa", el campeón de la monarquía, el enemigo inexorable de la república, es hoy uno de los directores de la conciencia colectiva en Francia. Suelo tener el honor de visitarle en su despacho de la calle de Roma, en donde se halla instalado el "Organo de nacionalismo integral", como reza la divisa del partido realista, cuya gestión combativa está en sus manos, y me ha sido dado observar de cerca esta extraordinaria personalidad de pensador y jefe. La sencillez y el encanto de sus maneras realzan, en vez de disminuirlo, el prestigio de su poderoso talento, que de tan decisivo modo gravita sobre las ideas del siglo. He conocido y tratado a los más eminentes escritores franceses contemporáneos; ninguno de ellos me ha impresionado como éste. Cuando el maestro habla, su mirada directa y vivísima, su fisonomía de rasgos firmes encuadrados por la barba entrecana, se iluminan con no sé qué resplandor interior. Se diría

que su persona irradia un fluido. Y el interlocutor, ganado por el hechizo de su verbo, se concentra para escuchar mejor aquel discurrir afable, cautivante y hondo. No hay duda: nos hallamos en presencia de un gran conductor de hombres.

Ensayemos desentrañar de sus propios libros y de los de sus comentaristas, las ideas esenciales de su doctrina política y literaria. Y digamos desde luego que si la juventud — sobre todo la universitaria — ama y sigue a Maurras, Maurras ama a la juventud y vive en medio de ella. En este íntimo contacto con los hombres nuevos de su raza, creen muchos descubrir el secreto de la vitalidad de aquel a quien León Daudet define así: "el ordenador del espíritu de sus contemporáneos" y del que pudo agregar también: "su profesor de acción".

"La juventud es un encanto contagioso — ha dicho el mismo Maurras, — la juventud intelectual sobre todo. En el ardor de su curiosidad y de su atención, en esa prisa febril que le lleva a proponerse todos los problemas a la vez, a anticipar las soluciones, a exigir constantemente que la rectitud lógica corresponda a la desconfianza crítica, hay para nosotros un serio aviso y un fuerte estímulo. Frecuenté con discreción y respeto en mis primeros años algunos maestros que no he olvidado, pero desde hace un cuarto de siglo mi vida transcurre entre jóvenes. Es allí donde se encuentra la tan suspirada fuente de Juvencia".

Por su parte, las nuevas generaciones estiman que los servicios que Maurras les ha prestado, tanto en el orden político como en el literario, son inestimables; que a él se le debe la revalorización de ciertas ideas vitales para Francia, roídas y escarnecidas por sus opositores durante todo un siglo; que ha sido él quien ha restablecido la potencia ordenadora del espíritu francés, perturbada en su origen por los escritos de Juan Jacobo Rousseau, cuya influencia se califica hoy de "funesta".

Los que siguen a Maurras han encontrado su regla de acción en estas palabras escritas por el maestro en *Le Chemin du Paradis*: "Nuestros abuelos experimentaron el profundo placer de destruir; nuestros padres fueron más o menos sensibles a las majestades y dulzuras del pasado; nuestros predecesores inmediatos parecieron interesarse en reconstruir. La verdad conservadora aparece hoy bien precisa a nuestros ojos: es necesario que la sirvamos en el hecho si no queremos malograr nuestra vida".

¿Cómo sirve el paladin esa "verdad conservadora", y cómo les enseña a servirla a sus discípulos?

Elevándose del concepto de la perfección en el arte a la noción del orden en la urbe.

He aquí algunos de sus aforismos más significativos: "La poesía y la política tienen reglas comunes en sus raíces"; "la política, como la poesía, necesita ordenación"; "las leyes de la belleza nos

llevan a pensar en las leyes de la vida, el orden de la estética en el orden de la política".

El pensamiento medular de Maurras consistiría en esto: Al arte, a la poesía, a las manifestaciones todas de la creación estética, les corresponde ser colocadas en lo más alto de la escala de los valores espirituales. Pero no deben ellas ocupar al hombre en primer término. De ahí su famosa y discutida sentencia, que ha hecho correr olas de tinta:

¡LA POLITIQUE D'ABORD!

Lo cual significaría que el orden le es indispensable a la nación, si en su seno han de poder vivir y trabajar en paz los artistas.

¿Deben las preocupaciones políticas ser puestas por encima de todo? "No — responden los exégetas de las teorías maurrasianas; — deben preceder a las otras manifestaciones de la actividad humana".

Para fundar un hogar, cultivar la tierra, aprender un oficio, dedicarse a la ciencia o al arte y cumplir con los deberes que Dios nos impone, es necesario, desde luego, precaverse de los animales salvajes, del frío, del hambre, de la guerra, de la peste. Hacen falta leyes que protejan al hombre y que, al solidarizarlo con sus semejantes, le den participación en el bien general, manteniéndole en el lugar en que las circunstancias le colocaron. El

hombre será tanto más libre cuanto menos expuesto esté a los accidentes de la vida, cuanto más participe de los beneficios de una civilización y de una sociedad bien ordenada. En nuestra existencia intelectual hay, sin duda, cosas más altas que la política; pero la política ha menester antecederlas como anteceden los bueyes al arado, bien que sea el arado la parte principal del atalaje.

Enseña Maurras a sus compatriotas que, para restituirle a Francia su prosperidad y su grandeza antiguas, no hay más que un camino: restaurar la monarquía hereditaria, antiparlamentarista y descentralizada. La experiencia de la historia prueba, según él, que sin la continuidad del gobierno ninguna grande obra nacional alcanza a ser llevada a término. La herencia es, pues, indispensable. Gracias a ella pudieron los reyes conquistar la gloria y la unidad de Francia. Todo el interés del soberano está en gobernar con tino al país, para no legarle a sus hijos un poder disminuido. Y por poco inteligente que resulte el príncipe heredero, si fué educado para reinar, conocerá mejor su tarea de rey que un matemático convertido en ministro, o un universitario cualquiera colocado por los azares de la política en la presidencia del Consejo.

Al parlamentarismo le reprocha Maurras el estar establecido sobre la más paradójica y absurda de las confusiones. Representantes del pueblo ante el gobierno, los diputados hacen las leyes y por

consecuencia vienen a resultar también gobierno. El sistema reposa así sobre este disparate que sería risible si no fuese nefasto: los diputados son mandatarios de la nación ante . . . ellos mismos. Efimeramente constituído por períodos, el gobierno parlamentario no responde en suma a los votos de la "élite" sino a los de la mayoría, — es decir de la masa — es decir de lo menos inteligente que un país contiene. Y he aquí el gran pecado de la democracia: el pecado contra la inteligencia.

No se crea por esto que Charles Maurras repudia el sufragio. Por el contrario, lo preconiza. Pero en otras condiciones. Considera que la Convención y el Código Napoleón redujeron a Francia a la más tiránica centralización administrativa, y que, bajo tal regimen, el Estado se inmiscua en lo que no le importa y contralorea lo que no debe, aplicando las mismas reglas de gobierno a los alsacianos, a los bretones y a los provenzales, sin tener en cuenta las condiciones geográficas ni las costumbres diversas de cada región.

¿Qué reclama en cambio?

Las "repúblicas bajo el rey", vale decir, la libertad de las provincias y de las comunas que se gobernarían por sí mismas vigiladas por el soberano, y elegiría representantes genuinos, conocedores de las necesidades morales y materiales de cada comarca. Pide igualmente la entrega de todos los oficios, cualesquiera que ellos sean, a la industria privada. Para decirlo en una fórmula sinté-

tica, el autor de la *Enquéte sur monarchie* persigue un gobierno así constituído:

"La autoridad arriba; las libertades abajo".

En materia literaria Charles Maurras ha combatido a los románticos y a los parnasianos. Se puede no compartir integralmente sus opiniones sobre todo si se las analiza desde el punto de vista de nuestro país argentino, donde el romanticismo fué casi siempre ensueño político de libertad, resorte de acción y nostalgia de la patria, vivida en el destierro por la generación de los proscriptos. Pero es imposible desconocer la fuerte lógica con que impugna el escritor provenzal al romanticismo francés. Los amores de George Sand y Alfredo de Musset le sirvieron para sostener en *Les Amants de Venise* que, en Francia, el romanticismo comportó un trágico desarreglo de las pasiones. Esos extravíos del corazón, ese veneno disolvente del espíritu fueron — de atenerse a su dialéctica — uno de los gérmenes corrosivos legados por el siglo XIX a las generaciones subsiguientes. Le reprocha Maurras en primer término al romanticismo su extranjería. *Etranger, il aima l'étrange,* dice. Y desenvolviendo esta tesis, algunos de sus discípulos han llegado a sostener que el verdadero engendrador de las excentricidades y fantasías que ciertos divagadores estéticos quieren convertir hoy en "ismos", fué el romanticismo. ¿No derivaría el "dadaismo" por ejemplo, de las literaturas anglosajonas y germánicas, cuya esencia propagada por Rousseau y

Madame Stael (dos suizos) alcanza hasta nuestros días, después de haber pasado por las *Neurosis* de Rollinat y las *Iluminaciones* de Rimbaud? El punto merecería ser meditado en los países que se proveen de "escuelas" y de teorías estéticas en el extranjero, como si se tratase de artículos manufacturados.

Conservar la tradición clásica; evitar el trastorno de los sentimientos; no olvidar que una cierta reserva, un cierto pudor, aumenta, en vez de empobrecerlo, el encanto secreto de la expresión escrita; no hacer una divinidad del "yo" ni figurarse que todas las manifestaciones de la sensibilidad son sucesos dignos de asombrar al mundo; no convertirse en presa de las propias sensaciones ni dejarse hipnotizar por las palabras hasta perder de vista que se escribe para exponer ideas, no para abandonarse al vano placer de alinear silabas; tales son los consejos que el vigoroso pensador de la "Acción Francesa" les da a sus compatriotas. Hay que dominar los instintos y colocar el pensamiento en el lugar más alto; esa es la manera de restituirle a la poesía su belleza, dentro de una forma flexible y armoniosa. ¡Cuántas enseñanzas aprovechables para nosotros!

¿Cómo se plasmó la mente de Maurras? ¿Qué "música interior" meció su infancia?

Parece ser que el amor de la patria chica lo preparó para el de la grande. Defendiendo con Mistral la lengua y las libertades de su Provenza, se

aprestó a la defensa de los intereses superiores de Francia. Nacido en Martigues, no lejos del lugar en que las legiones de Mario detuvieron las invasiones de los bárbaros, lo que vió a su alrededor desde la infancia comenzó a darle ya el gusto de la claridad y la medida.

"El paisaje de mi Provenza — ha dicho él mismo — tiene formas apacibles y precisas. Aquella luz viste las cosas con un velo puro". Los ojos del muchacho se llenaron de líneas sóbrias y serenas; la naturaleza fué su primera maestra de proporción y nitidez. La "música interior" que él confiesa escuchar, siempre le ha hecho comprender que, en la vida como en el arte, todo debe estar jerarquizado, ritmado, medido.

Y que, por la poesía, puede el hombre elevarse hasta la verdad.

ALGUNOS CRITICOS

ESPUÉS de la guerra, después de la sangrienta borrasca bolchevique, una gran parte de la juventud francesa — en el mundo universitario sobre todo — nuestra marcada predilección por los principios que proclaman las ventajas de la jerarquía y la autoridad. "Tenemos sed de seguridad política — ha dicho en el periódico *El Estudiante Francés* uno de sus más destacados representantes — y por eso reclamamos un jefe. Tenemos sed de seguridad moral, y por eso nos volvemos hacia los que pueden ofrecerles a nuestras construcciones espirituales una doctrina básica".

Recordemos algunos de los críticos literarios y de los "hombres de orden", cuyas ideas y cuya acción mejor parezcan responder a las aspiraciones juveniles.

A M. André Thérive desde luego. Novelista, crítico, gramático, periodista, acaso un día el autor de *Le Rétour d'Amazan* se revele también poe-

ta. Este *Rétour d'Amazan* es, a nuestro ver, su obra maestra. En ninguna de las suyas muestra M. Thérive las facetas de su espíritu fulgurante y poliédrico, como en las discusiones literarias de aquel americano, aquel finlandés y aquellos otros interlocutores de diversas razas, que discurren a orillas del lago Leman con el príncipe Amazan, personaje escapado de un cuento de Voltaire.

En *Les Nouvelles Litteraires* M. Edmond Jaloux juzga los libros con una agudeza de la cual la mezquindad y la hiel están excluídas. He aquí un crítico que ama y hace amar las producciones que comenta. Es también novelista, pero ¿valen sus novelas propias tanto como sus análisis de las agenas? Hay gentes que lo niegan y tal negación no es, según parece, del agrado de M. Jaloux.

Erudito de primer orden, M. Albert Thibaudet posee tres grandes cualidades: la de no exhibir con estrépido su erudición, o, en otros términos, la falta de pedantería; la más penetrante sutileza en el examen; una imparcialidad perfecta. No habiendo erigido un sistema no tiene discípulos. No ha buscado la notoriedad con ataques resonantes. Su fuerza y su brillo residen en lo sinuoso de su pensamiento y en lo puro de su estilo. Se ha dicho con verdad que M. Thibaudet es, en primer término, un historiador de ideas, y lo comprobarían así sus excelentes estudios sobre estos tres grandes representantes del pensamiento francés contemporáneo: Bergson, Barrés y Maurras.

Puesto que nombramos a Charles Maurras, creador y mantenedor de la poderosa corriente intelectual que arrastra a una porción considerable de la juventud pensante, llevándola al asalto de las instituciones republicanas en lo político, y de la influencia romántica en lo literario, esbocemos otra vez, al pasar, un breve resumen de su doctrina.

La dialéctica acerada de Charles Maurras ha perseguido sin darle cuartel a ese *moi haïsable,* a ese yo inflado y engreído que, según él, convierte al hombre en anarquista dentro de la política y en apologista de las más desordenadas pasiones dentro de la poesía.

Considera Maurras que semejante "estado de barbarie comienza cuando substituyéndose el animal sensible al razonable, pretende fijar por sí mismo sus caminos. "Hay barbarie — afirma — cuando ciertas impresiones vivas suben sin claridad ni orden de nuestro cuerpo y de nuestra alma é intentan transformarse en obras de arte tales cuales, es decir, en bruto. Esa misma barbarie le da el nombre falso y el falso color de pensamientos, al pueblo de fantasmas incoherentes que algunos vagos extractos de sentimientos han destilado en el cerebro. Idéntica sensibilidad que en los primitivos apenas salidos del estado de naturaleza vegetativa, se descubre en los espíritus exaltados, replegados y como cercenados de la naturaleza". Esta teoría debía llevarle, y le llevó, a combatir el romanticismo en la política y en la literatura.

El análisis sutil de ambas actividades consideradas en función de sus interdependencias recíprocas, viene a ser la materia de sus fuertes libros, plenos de substancia cerebral, escritos con un rigor dialéctico, una elevación filosófica, una eficacia polémica y una máscula energía de estilo, que hacen del autor uno de los primeros guías espirituales del tiempo presente.

Siguiendo sus huellas compuso M. Pierre Lasserre su tésis doctoral titulada *El Romanticismo Francés*, en el cual mostró cómo el frenesí romántico que hiciera presa en Juan Jacobo Rousseau, condenó al semi-fracaso a ciertos genios extraviados luego por su influencia. No parece haber sido este el libro de Lasserre más leído por la juventud francesa; pero no hay duda que él vino a reforzar determinadas teorías literarias de Maurras, las cuales se vieron así afirmadas y propagadas en el mundo universitario por un talento filosófico de primer orden, del cual me ocuparé después con detención en capítulo aparte.

A otro crítico eminente del momento actual, M. Eugéne Marsan, suele acusársele de frivolidad porque rinde culto a la elegancia. La elegancia, vale decir la medida, lo es todo para él. Así en el indumento como en las ideas, huye de la excentricidad y busca la proporción. Su estilo es simple, alado, armonioso. Estima que tanto en la literatura como en la vida, la ostentosa exhibición del *yo* es una incivilidad. Decían los griegos que

los seres feos de cara no debían tener el alma bella: acaso M. Eugéne Marsan no esté lejos de pensar que la elegancia exterior sea complemento de la moral. Como Rivarol cuya biografía ha escrito, este Brummel pensante es provenzal; como él es partidario de la monarquía; como él es sábio en gramática y cautivante de maneras.

Años hace que M. Marsan dirije en *L'Action Française* una sección de crítica firmada con el pseudónimo *Orion* la cual se aplica a juzgar los escritos de los hombres no contemplados desde el punto de vista de Sirio, estrella fija, sino en cuanto ellos se relacionan con las contingencias humanas. El drama, la poesía, la novela, no son producciones aisladas flotantes en "el piélago inmenso del vacío", sino signos representativos de estados de conciencia individuales y colectivos en este bajo mundo. *Orion* estima en consecuencia que, para aquilatarlas, no debe el crítico perder de vista al autor, ni su condición social, ni sus tendencias políticas, ni los principios que gobiernan su existencia. He aquí el arte de juzgar tal como M. Charles Maurras lo ha enseñado a sus discípulos.

Mucho más grande que la de otros críticos cuyos nombres repercuten a lo lejos, — y aún que el de muchos profesores de la Universidad — es el influjo ejercido sobre la juventud de estas comarcas por M. Eugéne Marsan. Crecido número de estudiantes franceses, suizos y belgas, han hecho su mentor literario del misterioso *Orion*. Y es la

cualidad denominada aquí *esprit de finesse,* tan característica del escritor, la que parece arrastrar a sus lectores mozos.

Más directa y más ruda es la crítica de M. Henri Massis. Sus *Jugements* provocaron revuelo en ciertos círculos, pues iban dirigidos contra ídolos hasta entonces no tocados. Sin embargo, no parece que el autor buscase provocar su derrumbe, sino solo advertir a los fanáticos de los peligros inherentes a la exageración del culto. "El veneno — les recuerda — suele estar contenido en las flores".

Católico al que podríamos calificar de humanista, el redactor en jefe de la *Revue Universelle* quiere ser el guardián severo de la razón equilibrada, fuerza y sostén de los espíritus de Occidente. Chateaubriand había provocado aquí el amor a los viajes por Asia y Grecia. Las descripciones coloridas, las mujeres lánguidas, los sultanes enjoyados entusiasmaron al público. No hubo mal en ello: los viajes lejanos, los soles esplendentes, los paisajes exóticos son buenos de admirar. ¿Acaso los cruzados no habían vuelto de Oriente trayendo ya el recuerdo de tipos y costumbres singulares, así como de hasta entonces nunca contemplados horizontes?

Describe Charles Maurras en uno de sus libros más hermosos, la noche que pasara en la cima de una montaña en Grecia, allá por los confines de Asia. De un lado, bajo la clara luz, se destaca-

ban netamente los paisajes de Africa. Del otro, hacia el Oriente, un crepúsculo vaporoso se difundía en el ámbito, entre nubes ocres, rosas y violáceas. Sintió entonces el viajero la tentación de ir hacia ese Oriente que las brumas perfumadas envolvían, pero el ser prudente que velaba en él lo arrancó a la seducción del espectáculo, encaminándolo de nuevo hacia la tierra griega, hacia el horizonte de líneas luminosas y precisas. Las nubes tentadoras son esas filosofías recónditas y extrañas que cautivan a las damas espiritistas y a los jóvenes pálidos con aspecto de inspirados; son son el budismo de ciertos poetas melífluos como Rabindranath Tagore; son el exaltado anarquismo de la raza de Gandhi. De allí nos vienen todas las teorías exterminadoras de energía o generadoras de salvajes egoísmos. De tales ideas que tienen en Occidente su anunciador y su profeta en Romain Rolland, debemos temerlo todo: desde la barbarie de los Khan mongoles hasta el nihilismo refinado de los brahmanes indios.

Contra semejante peligro ha lanzado M. Henri Massis un grito de alarma. Como antídoto al tóxico ha indicado la razón discreta y el catolicismo clarividente de un Bossuet. Y hacia el defensor de Occidente vuelve también sus ojos la juventud sedienta de energía y claridad.

"Hay una unidad moral de Europa a rehacer — decía M. Massis, no ha mucho, en un artículo de la *Revue Universelle* — las condiciones de un

lenguaje comun a descubrir, una filosofía del orden a propagar, una noción del hombre y de Dios a poner de manifiesto en las ideas y en las costumbres. Francia es, entre las naciones, la más necesaria para restaurar esos grandes bienes espirituales hoy perdidos. El mundo no podría prescindir indefinidamente de ese aliento de nuestra propia vida. A las jóvenes generaciones les corresponde reanimarlo y restituirle sus virtudes contagiosas. Tan grande obra es digna de suscitar su abnegación".

Para terminar esta rápida revista de algunos de los actuales conductores ideológicos de la juventud francesa, citemos al que sabe hacerla vibrar de un modo más intenso. Su poder formidable está en la risa. Cuando empuña su látigo que saca chispas "los pensamientos turbios se dispersan aterrorizados". Su inalterable buen humor estigmatiza sin misericordia el vicio, la envidia, la maldad, la hipocresía y la estupidez. Me refiero a M. León Daudet, filósofo, memorialista, crítico, novelista, político, hombre de ciencia y de acción y sobre todo polemista. *Los que suben* — título de una de sus novelas — admiran fervorosamente a este luchador homérico que en su incesante batallar se juega la vida vida a cada paso, y que pagó no ha mucho con la de su hijo sus contiendas implacables. Condenado a prisión después de un ruidoso proceso con el cual buscó aclarar el misterio de tal muerte, se escapó de la cárcel y huyó a Bél-

gica. Desde allí continúa ametrallando a la República en la *Action Française,* al mismo tiempo que escribe libro tras libro sobre temas de ciencia, literatura y arte. Se explica que los jóvenes le sigan. Leon Daudet es para ellos apóstol y mártir. Hay algo que los fascina en su franqueza terrible y en su bravura indomable.

Del filósofo, del polemista y del hombre de ciencia (en su reciente libro*Le Courrier des Pays Bas,* acaba de lanzar una teoría científica completamente nueva: la de las reacciones de las substancias químicas contenidas en el organismo humano, o elaboradas por él, sobre el sistema nervioso central y sobre el sistema nervioso simpático, fenómeno que denomina "metabolismo celular"), no me ocuparé por ahora. Limitémonos a echar una ojeada sobre su literatura.

En Montaigne, a quien comenzó a leer cuando era niño, ha aprendido Daudet no pocas cosas. Al autor de los *Ensayos* le debe sin duda en gran parte su estilo enérgico y flexible, colorido y sonoro, cargado de imágenes, sabroso, maravillosamente rico en el vocabulario y sorprendentemente ágil en los giros. Nadie conoce como él a Rabelais, cuyo idioma ha "pastichado" en un panfleto político, ni a Saint-Simón el ágrio cortesano de Versalles, cuyas despellejantes diatribas suele divertirse en comentar y acaso también en imitar. Escriba o hable — pues tanto como escritor es orador — la mágia de su verbo es deleitosa.

Sin curarse de "los fallos de la posteridad" ni de "las consagraciones de la historia", arremete contra ciertos genios y denuncia, en juicios perentorios y precisos, lo pobre de sus ideas y lo dañino de su retórica, mientras exalta otros, recomendándolos a la juventud como fuentes ubérrimas de salud moral. Así señala en Goethe el espíritu del equilibrio intelectual, en Sylla el representante de la voluntad reformadora, en Maurras el animador de todas las fuerzas activas que se retemplan en la razón, la lógica, la claridad y el orden.

Su inteligente compasión de médico se ha inclinado sobre el sufrimiento humano, y puesto de manifiesto la virtud purificadora del dolor. Acaso por eso comprenda mejor que ningún otro a Baudelaire, para quien, en uno de sus últimos libros reclama el título de primer poeta francés del siglo XIX.

Mezclado desde la infancia en casa de su padre a los grandes escritores de su país, los vió de cerca agitarse y vivir. Ello le permitió retratarlos con sus aspectos ridículos y pequeñas manías, en páginas de una gracia irresistible que quedarán sin duda en las letras francesas como la más auténtica y atrevida galería de tipos que hombre alguno haya osado trazar jamás de sus contemporáneos en vida de los mismos. ¡Qué amarga pero saludable lección encierran esos *Recuerdos,* a través de los cuales contemplamos a los poetas, a los artístas, a los escritores que llenaron el siglo pasado con su

pensamiento y con su fama, atravesando lamentables y grotescos, la vasta mojiganga de este mundo!

Durante su larga e implacable contienda con las ideas y los hombres, M. León Daudet se ha atraído tantas admiraciones y amistades como feroces odios. Pero puesto que deliberadamente adoptó en su juventud aquella divisa de Nietzche según la cual "hay que vivir peligrosamente", acepta sonriente las consecuencias todas de sus actos y avanza por entre las tormentas, enhiestando con firme mano este mote de guerra:

"Yo no suelto nunca a mis amigos — ni a mis enemigos".

LA POESIA ACTUAL

Paul Claudel y Jean Cocteau

REVIERON Gustave Khan y Remy de Gourmont en las postrimerías del siglo XIX, que sus concepciones estéticas harían nacer a comienzos del XX una abundante literatura? ¡Quien sabe! Ello es que sus teorías ejercieron positiva influencia, no ya tan solo sobre innumerables escritores jóvenes de las revistas de vanguardia, nunca llegados a la verdadera notoriedad, sino también sobre poetas de fuste como Emile Verhaeren y Henri de Régnier. Pero las *"Medallas de Arcilla"*, las *"Ciudades Tentaculares"* y las *"Campañas Alucinadas"* pululaban todavía de alejandrinos, de versos de seis, ocho y diez pies, los cuales aún alargándose indefinidamente, conservaban el ritmo que la cesura y la rima les marcaban ¡Cuánto camino recorrido hasta llegar a la estrofa claudeliana!

La prosodia de Paul Claudel, pontífice del verso libre actual (y cuyas huellas siguen, sabiéndolo o nó, casi todos los "innovadores" estróficos de

Europa y América) es tan simple que puede reducirse a esta fórmula:

Recomenzar la línea al fin de cada frase, y — algunas veces — hacer rimar entre si esas frases dos por dos.

Veámoslo en uno de los *Poemas de Guerra* del mismo Claudel, (dejo el texto en francés para que la traducción no lo altere en lo más mínimo):

Dix fois qu'on attaque lá-dèdans avec résultat
purement local
Il faut y aller une fois de plus! tant que vous
voudrez mon Général!
Une cigarrette d'abord. Un coup de vin, il est bon!
Allons mon vieux, a la tienne!
Y en a trop sur leurs jambes encore dans le trois
cent soixante dix — septieme!

Hay gentes para las cuales esto es prosa; prosa involuntaria como la de M. Jourdain. Difícil parece contradecirlas fundadamente . . . Pero veámos en qué consisten las teorías revolucionarias. Sostienen los "nuevos" (¿hay deveras algo nuevo bajo el sol?) que la forma antigua del verso, — aún la maleable de los románticos que le pusieron un gorro frijio al viejo diccionario, — es demasiado ríjida y estrecha, y que, por lo tanto, aprisiona y tortura la frase, sin dejarla alcanzar la fluidez musical por ellos perseguida. Su aspiración sería cambiar el ritmo, renovarlo constantemente, adaptarlo a cada sensación y transformarlo en la expresión de cada idea. Muy bien. Pero sucede que rechazadas las reglas fijas del poema, las "nuevas"

no vienen a ser sino las leyes de la prosa . . . Pues también la prosa tiene su ritmo perceptible apenas y siempre renovado. En su hermoso estudio sobre Flaubert. Maupassant lo ha puesto de manifiesto. Y para comprobarlo bastará con leer en voz alta una página de Groussac pongo por caso: se sentirá entonces cómo a nuèstro oído cantan cadencias matizadas y diversas.

Quedaría así reducida a un juego de palabras la disputa entre tradicionalistas y claudelianos: estos llamarían "poema" lo que aquellos siempre denominarán "prosa poética". Por lo demás, esta prosa poética brota plena y armoniosa de la pluma de Claudel. Una muestra:

¿De quoi est fait le pain que nous mangerons cette année?
De quoi la grappe sous la feuille mal sulfatèe qu'Octubre va nous apporter?
¿De quoi ces fruits qui s'alourdissent ã la branche?
¿De quoi plient ces branches accablées sous un faix chaque jour plus lourd?
¡Dites de quoi ces fleurs qui dejá ne sont plus et ce lys si court Embaumerent notre sombre Dimanche!

Y he aquí cómo varía Claudel sus efectos sirviéndose ora de frases largas, ora de frases cortas, ora alternando las unas con las otras:

Sous le platane tout a l'heure j'ai vu sortir de son trou
Un insecte lent et mou
Tout s'illumine, tout s'echauffe, tout s'ouvre, tout se dégage
Peu a peu croit et se propage
Une espèce de joie pure et simple, une espèce de serenitè
Le foi dans le futur eté!

Los tres fragmentos citados denotan cual es la forma poética habitual de Paul Claudel. Y no se crea que este escribe así por charlatanismo o impotencia, como suele con frecuencia sucederles a los imitadores de su técnica (ya que "no prestando Salamanca lo que natura non da", el talento no se imita). Luego veremos que el giro de su verso y la falta de trabazón de sus imágenes, arrancan de la fuente misma de su inspiración. Si él lo quisiera, nada le impediría componer excelentes versos regulares, parecidos a los siguientes de su poema *Dedicace*:

¡O jour! ayant senti comme l'eau sur la tête,
Le désir d'etre seul pour connâitre les pleurs,
Je marchais en riant par les jardins en fête,
Laissant derriére moi les arbres et les fleurs.

¿Qué concepto tienen de Paul Claudel sus contemporáneos?

No hay términos medios para juzgarlo. Sus admiradores no admiten a su respecto crítica ninguna, y proclaman apasionadamente la superioridad de la obra entera, sin discutirla y en ocasiones acaso también sin comprenderla. Sus detractores la condenan en bloque, sin restricciones.

Procuremos no caer por nuestra parte en uno ni otro exceso, y atengámonos al estudio en que Pierre Lasserre muestra los defectos del poeta sin prevención ni acritud, celebrando sin delirar de entusiasmo sus bellezas. Dos de los más destacados

discípulos de Claudel, Jacques Riviere y Georges Duhamel, han comentado también sus libros; pero la pasión se substituye en ellos al sentido crítico, y sus elogios desmesurados pierden eficacia en razón de su misma demasía.

Para comprender la poesía de Paul Claudel hay que tener en cuenta desde luego sus convicciones religiosas. Se trata de un católico sincero, cuya inspiración se nutre en la fuente profunda de su fé. Fué la fé la que le dictó sus páginas más bellas; fué la fé la que clarificó un poco ciertos poemas suyos, cuyas imágenes aparecen entremezcladas y confusas. Como casi todos los hombres de su generación, comenzó Claudel por saturarse de la filosofía materialista de fines del pasado siglo, y solo pensó en escribir cuando lo iluminó la fé. El abate Brémond diría que la gracia poética le fué revelada por la plegaria.

¡Cosa curiosa!; parece que la lectura de Rimbaud determinó su conversión. La vida y la producción del poeta bohemio y errante, han sido prolijamente analizadas estos últimos tiempos. Se recordará que su precocidad morbosa terminó en una saciedad de todas las cosas. Así cayó Rimbaud en el desden de las reglas y formas tradicionales que condicionan las creaciones del espíritu. Escritor vigoroso, dió en sostener que la poesía no debía expresar sino sensaciones y que, en cuanto a las imágenes, era inútil ligarlas entre sí. Según él, tanto las frases como los versos no debían ser

más que ojeadas rápidas, fugaces resplandores proyectados sobre lo intraducible del alma. "Inventó, dice Lasserre, una teoría de la creación poética que resulta una irrisión del esfuerzo creador; una teoría que dispensa a la creación individual de hacerse inteligible y comunicable al generalizarse". Semejante procedimiento había de conducirlo, y lo condujo en efecto, a un callejón sin salida: la esterilidad. Rimbaud renunció brusca y definitivamente a la literatura.

No fueron los peligros de un tal descarrio del talento lo que descubrió Paul Claudel en las divagaciones de Arthur Rimbaud. Ellas tuvieron la virtud maravillosa de revelarla por el contrario, la existencia en la poesía de no sé qué presencia invisible, de no sé qué sobrenatural inspiración. Y he aquí que por esta ruta desviada e imprevista se reintegró nuestro poeta al seno de la Iglesia. Los designios del Señor son, en verdad, impenetrables...

Si a Rimbaud le debe Claudel el haber vuelto a encontrar su fé, también a él le debe esa falta de continuidad lógica, asi en las ideas como en las imágenes, que resalta en sus poemas, por momentos intensamente cautivantes y sentidos:

Mon Dieu qui au principe de tout et de vous-même avez
[mis la paternité,
Soyez bêni parce que vous m'avez donné cet enfant,
Et posé avec moi de quoi vous rendre cette vie que vous
[m'avez donnée.
Et voici que je suis son père avec vous

Ce n'est pas moi qui engendre, ce n'est pas moi qui suis
[engendré
Soyez béni parce que vous ne m'avez pas abandonné a moi
[même
Mais parce que vous m'avez accepté comme une chose
qui sert et qui es bonne pour le fin que vous vous proposez.

Sostenido por una inspiración enfervorizada y mística, como la que en el precedente fragmento se exhala, ha escrito Paul Claudel sus páginas mejores: *Coronº - Benignitatis, Agnus-Dei, Feuilles de Saints, La Messe,* etc. Notemos sin embargo que se trata de poemas cortos: el autor no tiene alli tiempo para extraviarse como suele sucederle en el resto de su obra, entre estrofas y versos desarticulados que arrastran al lector por un dédalo sombrío.

¿Qué le reprocha a Claudel la crítica francesa? La ausencia de claridad, de orden, de armonía; la contradicción que resulta de utilizar un idioma todo nitidez, proporción y transparencia, para expresarse en formas alambicadas y brumosas. Le reprocha también su prolijidad y su abundancia que concluyen por fatigar el espíritu del lector: le reprocha en fin la falta de coordinación tanto en las metáforas como en las ideas.

A propósito de sus poemas se ha hablado de "estilo oriental" — "¿Estilo oriental? responden sus censores, concedido; pero en manera alguna estilo latino. M. Claudel no tiene ningún nexo con la tradición francesa". El mismo Claudel ha es-

crito en su *Art Poetique:* "El poeta que posee el magisterio de todas las palabras, debe mostrarse hábil para despertar en nosotros un estado de inteligencia intenso y armonioso, justo y fuerte, por medio de una sábia disposición de los objetos que aquellas representan". Sus opositores le replican: "De acuerdo; más para ello es indispensable respetar el genio de la lengua. Se puede cantar en los más diversos ritmos, sin violentar las leyes tradicionales de nuestro Verbo, que corresponden exactamente a la función mental de nuestra raza".

El caso de M. Jean Cocteau es muy diferente. Se trata de un poseído (no exento de talento) por la manía — harto generalizada de este y de aquel lado del mar, — de querer asombrar a sus contemporáneos, a trueque de caer a cada paso en lo tenebroso y lo absurdo.

En una de sus obras teatrales M. Cocteau nos presenta un Orfeo espiritista. Este personaje aparece vestido en traje de la época, pero en el transcurso de la acción vemos pasar un vidriero con blusa y pantalón azules, un cartero, y la diosa de la muerte con uniforme de enfermera y guantes de goma ¿Símbolos? En el prefacio nos advirtió el autor que su obra no contiene ninguno. Aquello es simplemente una mascarada calculada para provocar la estupefacción o la risa.

Y no se crea que en M. Cocteau como en M. Claudel, no haya un verdadero poeta, capaz de

crear ritmos melodiosos y sutiles pensamientos. En *Plaint - Chant* por ejemplo, no se aparta de la claridad y de la regla. Canta M. Cocteau en estas estancias la inquietud de un amante que se pregunta angustiado si no lo traiciona y olvida el alma de su amada, mientras divaga por el país del sueño:

Au moment de plonger dans les vagues du songe
Tu sembles hesiter;
¿Craindrais — tu, par hasard, qu'a ta suite je plonge
Et du meme coté?
Ne crains rien, nos sommeils ont une difference,
Car lorsque je m'endors,
Le cauchemar te mêle aux lieux de mon enfance
Avec mes amis morts
Tu traverses les bois, les pelousses, les fermes,
Les routes que j'amais;
Tandis qu'en la torpeur profonde ou tu t'enfermes,
Je ne marche jamais

¿No son exquisitas, tanto la forma como la idea poética de estas estrofas? Pero se parecen demasiado a lo que todo el mundo llama poesía, y esto es ya causa para que solo por accidente figuren en la obra de M. Cocteau.

He aquí ahora un discurso que este se hace enderezar por un muerto en *Vinte*:

"Te pido perdón. Para pedirte perdón he hecho el extraño esfuerzo de aparecerme. La poesía se asemeja a la muerte. Yo conozco sus ojos azules. Da náuseas. Esas náuseas de arquitecto siempre ocupado

en torturar el vacío: eso es lo propio del poeta. El verdadero poeta está como nosotros invisible para los vivos. Este único privilegio lo distingue de los otros. Ahora enumero tus mecanismos. Comprendo tu pudor que yo confundía con mi noche. El público y yo hemos tomado frecuentemente como esbozos tus páginas discretas, semejantes a esos bloques de cuarzo en los que el agua solidificada piensa una forma de la cual solo un ángulo aparece".

Si lo anterior significa que la oscuridad buscada por el poeta es una consecuencia de su "pudor" ¿para qué recurrir a las palabras? El verdadero pudor ¿no estaría en callarse? Que M. Cocteau no lo entiende así, la mayor parte de su producción nos lo comprueba. Júzguese por la siguiente muestra de la "invisibilidad" de su poesía:

La pelousse est en brousse verte;
¡Quel chute d'eau négligente!
C'est mieux que la decouverte
Des ruines d'Agrigentes.

Le troupeau gémit en patois
J'aime beaucoup la montagne
Mais ton visage m'accompagne
Je n'ai jamais rien vu de plus joli que toi.

Todavía mejores modelos del género se encuentran en *Le Cap de Bonne Espérance*. Allí los poemas (llamémoslos así por complacencia) carecen de toda puntuación; las frases o miembros de la composición no quieren decir nada, y solo

persiguen efectos visuales por la disposición de la tipografía. Un pasaje demostrativo:

Allons debout
Je dirige ma lourde equipe
Une hirondelle
suce
Son cri aigu et
Avidement
Chavire
Au gazon orageux
Les hirondelles
les hurlements acidulés
Alors
le sang
artésien
encombre une plante
infaillible

Así durante páginas y páginas ¿El sentido? Lo comprenderemos talvez cuando hayamos entrado, como el héroe de *Vinte*, en el reino de las sombras.

René de Planhol, crítico penetrante y severo, ha sentenciado sobre el autor del siguiente modo:

"M. Jean Cocteau nos muestra hasta que punto puede decaer un talento que no reside sino en una cierta virtuosidad. Tenía la destreza, pero sin seriedad en las ideas ni sinceridad en los sentimientos, se ha servido de ella para ensayarse en todos los géneros, provocar a la opinión y suscitar escándalos . . . En realidad no fué nunca más que un plagiario y un imitador de mala ley. Ape-

nas una fórmula nueva parecía obtener los favores del público, él se apresuraba a adoptarla, a exagerarla y a declararse su iniciador. Pasaba así de un ejercicio a otro, pero todos ellos eran ejercicios al fin, que, por demasiado hábiles, no ofrecían otro interés que el de su acrobacia".

¿Jean Cocteau no vendría a ser pues más que un funámbulo?

No nos toca a nosotros pronunciarnos a tal respecto. Limitémonos a dudar que él mismo tome en serio sus manipulaciones tipográfico-verbales, pues ello importará desconocerle un talento que se acusa por fugitivas lumbraradas en sus libros. Pero digamos también que ir a descubrir en su obra la representación de "la sensibilidad" contemporánea, vale tanto como llegar a Paris y encontrar que las enmarañadas construcciones de la estación ferroviaria son la más típica expresión de la arquitectura francesa.

A despecho de ciertos innovadores desenfrenados, la poesía actual guarda en Francia su frescura y su ritmo. La guerra segó en flor grandes esperanzas: Jean - Marc Bernard, Jean Pellerin, Joachim Gasquet. Pero quedan Tristán Derème, Jean Louis Vandoyer y, en mi opinión, el más genial de todos ellos: Francois Porché.

De los versos libres florecidos a la zaga de Paul Claudel quedarán sin duda algunas páginas en las antologías ¿Muchas? No lo creo, pensando como pienso que para sobrevivir la poesía en verso ha

menester que la animen la claridad y el ritmo. Se dirá que también los versos libres tienen ritmo. Sin duda, pero es el suyo un ritmo demasiado sutil o demasiado vulgar. Es harto cambiante, harto fugitivo, inapto para sostener el desenvolvimiento regular de un poema. Afirman los versolibristas que la paradojalmente llmada "música secreta" es la más bella. Posiblemente; pero ¿no es también la "música secreta" atributo de la prosa? Y por perseguirla ¿no van justamente a escollar en la prosa los versolibristas?

En cuanto a lo demás Tristán Derème tiene razón:

Cuando a los versos se les quita los pies, pierden las alas.

LA NOVELA ACTUAL

ESPUÉS de los hondos estudios psicológicos de Bourget, cuya austera figura de crítico, sociólogo y moralista domina los últimos diez lustros, nuevas orientaciones estéticas y sensitivas seducen a la inteligencia francesa. Espíritus insatisfechos, siempre en movimiento, parten a descubrir paisajes nuevos. Así Paul Morand, el cual no consiguiendo salir del alma propia en sus continuas divagaciones a través del planeta, concluye por lamentar que no exista "Nada más que la tierra" para poder escapar a la persecución de sus tormentos íntimos. En *Vasco,* Marc Chadourne pinta este mismo carácter desazonado y vagabundo.

La descripción de la miseria y el vicio, el análisis de almas de bajo fondo social, ocupan a Carco y Mac - Orlan, para quienes el mal no es tan solo un espectáculo sino particularmente un problema moral: el más antiguo y triste de cuantos hasta ahora hayan intentado en vano resolver las filosofías y las religiones. Bernanos, fuerte perso-

nalidad que se afirma cada día, pone en boga los estudios religiosos, el exámen de la profunda turbación del hombre ante el misterio divino. Y Mauriac se vuelve hacia el drama familiar cotidiano, hacia el apacible rincón de provincia donde bullen sordamente las pasiones.

El público parece preferir ahora estas tendencias. La literatura migratoria de Paul Morand pierde prestigio. Las gentes gustan y comprenden mejor aquello que las toca de más cerca. Acaso sienten que en materia de arte podemos y debemos elevarnos de lo particular a lo general, y que para conocer la humanidad, en vez de ir a estudiar la vida de los negros, más nos vale aprender a mirar en torno nuestro. (He aquí un principio tenazmente sostenido desde larga data entre sus compatriotas por quien esto escribe).

André Maurois cuyo talento aplicado y prolijo se me antoja un remedo de Bourget cuando como en *Climats* pretende hacer psicología, se dedica a reflejar el alma inglesa. No es fácil el intento, pues nada aparece tan hermético para los latinos como el espíritu anglo - sajón. Con todo, *Los silencios del coronel Bramble* y *Los discursos del Doctor O'Grady* tienen un valor de documento de guerra, demostrativo de la cordialidad que unió, frente al enemigo común, a ingleses y franceses. El mérito de André Maurois está, para mí, en haber renovado el arte de la biografía. Sus evocaciones crítico - narrativas de

Shelley, Disraeli y Byron por ejemplo, superan en atractivo los tan difundidos *Climats*, cuyos "análisis" no resultan siendo, en definitiva, sino bruscas alternancias de sentimientos opuestos en un mismo individuo. Semejante procedimiento "analítico" es, en verdad, bastante elemental y artificioso. Podría ser reducido a fácil receta para uso de ciertos noveladores aspirantes a psicólogos, pero desprovistos de real penetración introspectiva.

Venidas después de la guerra las narraciones de Pierre Benoit, maestro en combinar intrigas e imaginar aventuras, encontraron un público propicio que se engolosinó con ellas. Obsedidos todavía por las visiones catastróficas de las trincheras, los lectores franceses querían distraerse y olvidar.

Con sus peripecias complicadas, con sus desenlaces insólitos, con su variedad siempre renovada y su movimiento siempre arrastrador, las historias de Pierre Benoit trajéronles un ópio bienhechor tras la borrasca. La boga de este descendiente espiritual del viejo Dumas se extendió prontamente al extranjero. Y su obra es digna de tal renombre, pues lejos de limitarse a los relatos ingeniosos, encara grandes acontecimientos contemporáneos y trascendentales conflictos: como cuando trata por ejemplo de la Siria en *La Castellana del Líbano*, de la rebelión irlandesa en *La Calzada de los Gigantes* y de la secta mormónica en *El Lago Salado*. La vena de su invención no parece agotada. Benoit es joven: sus facul-

tades productivas han de florecer todavía en bellos libros de la laya de *Axelle* y *La Señorita de la Ferté.*

De él, como de Henri Beraud, suelen decir sus enemigos que no son sino "reporters". Injusticia flagrante. Además de excelente novelista Beraud es polemista de extraordinario brio. Y en cuanto a Benoit ¿acaso no ahondó, cuanto lo quiso, el estudio de almas y sentimientos? ¿no son dignas de cualquiera de los mejores escritores clasificados como psicólogos, esas páginas en que los eriales nativos aparecen realzando con su ágrio paisaje las angustias punzantes y secretas de la señorita de la Ferté?

Tanto Benoit como Beraud han viajado mucho. Más no impulsados a ello por esa especie de morbo ambulatorio que señalé antes en Morand, sino por curiosidad sensitiva e intelectual.

Tampoco es un desorbitado ni un melancólico Constantin Weyer, cuyo libro *Un hombre se inclina sobre su pasado* fuera recientemente recompensado con el premio Goncourt. Es un luchador que refiere sus recuerdos de vida enérgica en el Canadá, frente a frente con la naturaleza salvaje.

Partir lleva por título la última novela de Roland Dorgeles, cuya intriga se desenvuelve a bordo de un barco. Partir, es decir huir de sí mismo, de la vida ordinaria, de los seres circundantes, de los horizontes conocidos. Unos parten fascinados por el misterio de las lejanías; otros, como

Montherlant fuerte y original entre todos a pesar de su insufrible narcisismo, se van impulsados por ese malestar secreto, por ese cansancio de sí mismos que la vanidosa manía del *yo* provoca en ciertas almas. Más ¡ay! adonde quiera que estos nómadas vayan, su tedio exasperado va con ellos. El mundo es pequeño en suma, y transportados incesantemente a sus extremos por el vapor, la electricidad y la aviación, concluyen los insatisfechos peregrinos por revolverse dentro de los ámbitos del globo como entre los barrotes de una jaula.

Las taras y miserias de las cortesanas de Paris, el alma de los asesinos, los antros misteriosos hasta donde suele descender el amor, las llagas purulentas de la gran ciudad, la desolación oculta bajo las apariencias del placer, todo eso nos lo muestra Francis Carco cuando nos conduce desde la luminosa fiesta de Montmartre hasta las infectas zahurdas de Belleville; desde la radiante magia de los bulevares hasta las siniestras penumbras de la Villette, donde se respiran relentes de matadero. Sin desconocer ni atenuar la bajeza de sus tipos, Carco suele proyectar un rayo de sol en las almas más ruines. Quiere sin duda significar con ello que hasta en el corazón del último miserable quedan siempre posibilidades de abnegación y ternura.

Su mejor obra es a mi ver *L'homme traqué*. He aquí un drama sóbrio y directo contado con simplicidad y como impregnado de sentimiento trágico. Es la historia del panadero Lampieur ase-

sino de una concierge, quien para precaverse del testimonio de cierta ramera que puede deponer en su contra, hace de ella su querida, la subyuga y no la abandona ni un momento. Aquellos dos seres se odian, pero viven juntos en la pocilga de Lampieur unidos por el miedo y devorados en lo más íntimo: ella por su secreto, él por su remordimiento.

Una rara intensidad dramática alcanza el autor en estas páginas. El fin del libro, la angustia de Lampieur abandonado por la prostituta y atormentado por su idea fija que le persigue implacablemente y que en su soledad se le hace insoportable, sus paseos errantes, sus merodeos en torno a la casa del asesinato, en donde su extraño aspecto concluye por hacerlo arrestar, todo eso recuerda al Dostoiwsky de *Crimen y Castigo*. Como *Crimen y Castigo, L'homme traqué* es en definitiva un análisis del remordimiento. Pero se halla situado en otra atmósfera y está escrito para otra raza en un estilo de frases cortas y escuetas, cuyas imágenes resultan siempre fuertemente evocadoras. ¿El sentido moral del libro? Busquémoslo en la idea de que es bueno inclinarse a contemplar a veces la miseria humana, pues la belleza del amor puro se comprende mejor después de haberlo visto en las sentinas del vicio, corrompido y repugnante.

No siempre son las mas grandes tragedias aquellas que se desarrollan entre el ruido y concluyen en catástrofes. ¡Cuantas otras no menos atroces

ocultan con frecuencia las vidas mediocres y apacibles! En las luchas interiores, en los deseos, en las tentaciones, en las ambiciones y los amores fracasados, en los combates secretos que desgarran las almas, en lo que podríamos llamar lo trágico cotidiano en fin, busca Francois Mauriac argumentos para sus novelas. Católico sincero conoce a fondo las angustias morales inherentes a la noción de pecado, lo cual explica para muchos la penetración y la fuerza de su análisis. Casi todos sus personajes son provinciales como el autor mismo. Se diría que en aquellos paisajes de las Landas quemados por el sol en verano e inundados en invierno por desoladoras lluvias, donde Mauriac sitúa sus relatos, cobran las pasiones una intensidad más concentrada y oprimente.

Un estilo despojado de todo abalorio pero lleno de armonía, realza el vigor de su pensamiento. Véase este pasaje de *Le baiser au lépreux.*

"Parecióle un instante que veía a sus pies su Fe como una encina abatida. ¿Yacía deveras por tierra su Fe en aquel tórrido día? Nó, nó; después de la ráfaga el árbol se sostenía asido por sus raíces, y Jean Peloueyre encontraba de nuevo en su coracón la sombra amada del follage espeso, otra vez inmóvil. Descubría de pronto que la religión había sido para él sobre todo un refugio. Ella le había abierto al lamentable huérfano el consuelo de la noche. Alguien sobre el altar ocupaba el lugar de los amigos que a él le faltaron, y la devoción que

le hubiera inspirado su madre se volvía hacia la Virgen. A la hora en que la nave penumbrosa de la iglesia absorve lo que le resta al mundo de frescura, todas las confidencias que lo ahogaban iban a derramarse en el confesionario, cuando no en plegarias mudas".

Esta angustiosa historia de un degenerado unido a la muchacha más bella del lugar, de las repulsiones y tormentos de la mujer y del supremo sacrificio del hombre, quien para librar a su amada de su presencia y su contacto contrae adrede una enfermedad mortal, es una de las más emocionantes que haya escrito Mauriac.

Mencionemos también *Genitrix* en la que vemos a una madre celosa y exclusivista en extremo, formar un hijo embrutecido y vil, y *Thérese Desqueyroux* honda inquisición psicológica a través de los meandros de un alma femenina que, por lo monstruoso de su repulsión secreta hácia el esposo, recuerda las de *Fedra* y Emma Bovary. ¿A que ir a buscar lejos las complejidades del corazón humano? Mauriac nos enseña que el eterno combate entre las potencias antagónicas del bien y del mal se libra en torno nuestro. Aprendamos a mirar, y a nuestra propia vera percibiremos sus funestas colisiones.

Mayores profundidades alcanza todavía Georges Bernanos cuando entra en el dominio de las luchas que oponen el espíritu a la carne; en aquella por ejemplo del sacerdote que acepta su propia con-

denación eterna a trueque de redimir almas agenas (*Sous le soleil de Satan*), o en esa otra del gran historiador de los místicos torturado por devoradores conflictos de conciencia (*L'imposture*).

La obra de Bernanos se encuentra en sus comienzos, pero se anuncia desde ya vasta y poderosa. Tan cargada de substancia pesante aparece, que invade por momentos el campo de la filosofía.

Completando de cierto modo la producción de Marcel Proust, que describió y disecó psicológicamente el gran mundo parisiense, René Behaine pinta el estado del alma y las costumbres de la generación burguesa de ante-guerra. Algunas de sus páginas han sido comparadas con las de Balzac. De Balzac se habló igualmente en cierta ocasión a propósito de Kessel, nacido por azar en la Argentina de padres judíos y naturalizados francés. Pero el exceso de tal aproximación fué pronto corregido por un crítico sin indulgencia, quien ejecutó en forma magistral al novelista trashumante, a propósito de su libro *La belle du jour*, reprochándole sobre todo la intención disolvente que le presta a su literatura, una disimulada virulencia de veneno social. Citemos, para terminar, a Joseph Delteil, el intérprete fantasista de *"Jeanne D'Arc"*, de *Lafayette* y de *Napoleón*, de quien se comienza a temer que exagere sus fantasías. Pero Delteil a quien he tratado de cerca, es joven; el tiempo corregirá sus demasías imaginativas.

La rápida e incompleta revista precedente nos abre perspectivas sobre el estado de espíritu de la Francia actual. ¿No ha dicho Anatole France que toda novela es en el fondo, una autobiografía? Si ello es así ¿que documento mejor que la novela para comprender las inquietudes, las aspiraciones y las tendencias de un pueblo y de una época? En la novela encontramos no solamente el reflejo de las costumbres y los rasgos más salientes del momento colectivo. sino también el secreto de los escritores disimulado a lo largo de sus ficciones.

Quien quiera discernir el estado de espíritu de la Francia de post - guerra, infiéralo del magnífico florecimiento de análisis y narraciones en que sus novelistas traducen el eterno desasosiego humano.

LA LITERATURA FEMENINA

N joven escritor, M. Jean Larnac, ha dado a la publicidad cierta *"Historia de la literatura femenina"* que merece ser conocida de cuantos se interesan por las oscilaciones del pensar y el sentir en Francia. Se trata de algo así como un balance. Lo que la literatura francesa le debe a las mujeres aparece allí neta y prolijamente demostrado, y si se puede en tal cual apreciación disentir con el autor, fuerza es reconocer que, en el conjunto, los valores están aquilatados y guardadas las proporciones con singular acierto.

El "sexo de enfrente" como lo llama juguetonamente Clement Vautel, debió debatirse largamente contra el antiguo prejuicio que lo excluía de la vida intelectual, y sólo hacia la época del Renacimiento consiguió triunfar del indulgente menosprecio conque las civilizaciones de Grecia y Roma lo relegaron al gineceo. Porque aún cuando las mujeres médicas, abogadas y escritoras de nuestros días se crean sus flamantes iniciadoras, lo que podríamos llamar el intelectualismo femenino data en verdad

del Renacimiento. Princesas y aún burguesas hubo en aquel tiempo, que sobrepasaron en extensión y profundidad de cultura a las más sábias de nuestras contemporáneas. Así esa Casandra Fedele, de Venecia, que dominaba diversas lenguas, conocía a fondo la historia, la teología, la elocuencia, mantenía correspondencia en griego con el papa León X, era solicitada para su corte por el rey de Nápoles y celebrada en magníficos poemas por Vittoria Colonna, la amada de Miguel Angel.

En Inglaterra Jane Grey leía a Platon en el texto original a los trece años; a los catorce la reina Isabel traducía *Le Miroir de l'Ame Pécheresse* de Margarita de Navarra; entre los trece y los catorce María Estuardo que supo seis idiomas, declamaba en el Louvre una oración en latin compuesta por ella, ante el rey Enrique, la reina y toda la corte. Tampoco tuvo empacho esta misma María Estuardo para desafiar las ideas a la sazón en boga, sosteniendo firmemente que la mujer podía y debía ahondar el conocimiento de las letras y las artes.

Una cosa sorprende al leer la copiosa producción femenina que va del Renacimiento al siglo XIX: la indigencia de la poesía. Nada, o casi nada sobrevive de tanto poema y tanta rima como por entonces florecieron. Parecería que la naturaleza femenil singularmente intuitiva, sensible, apasionada y vibrante, poseyese una capacidad especial para expresar emociones poéticas, pero no confirman esta hipótesis los versos de aquel tiempo. Nin-

guna poetisa digna de tal nombre se descubre — excepción hecha de Cristina de Pisan, Margarita de Navarra y Luisa Labé — hasta el momento en que Macelina Desbordes - Valmore y Renée Vivien abren la marcha en el siglo XIX precediendo la legión de las "románticas", cuya última representante vendría a ser Madame de Noailles.

Más abundante todavía, pero no menos caduca, se ofrece el exámen del crítico la obra de las novelistas. Un inmenso fárrago de narraciones se acumula desde Elisenne de Crenne y Jeanne Flore hasta Madame Stael y George Sand, pasando por Madame Aulnoy y la inagotable Scudéry. ¿Pero quién se atreve a explorarlo? Apenas si — aparte Madame Stael y George Sand — pueden hoy ser leídos los cuentos de Madame Aulnoy, el *Heptameron* de Margarita de Navarra y *La Princesa de Cleves* de Madame de Lafayette.

La correspondencia y las memorias son los géneros en que la mujer ha triunfado verdaderamente. Todos los epistolarios del siglo XVIII están ahí para certificarlo, y las insuperadas páginas de Madame de Sevigné, de Madame du Deffand y de Madame de Lafayette prueban que cuando nuestras sutiles compañeras se dan a escribir guiadas por las reacciones de su sensibilidad más bien que por las operaciones de su mente, alcanzan un punto de penetración psicológica, de finura y encantos artísticos, muy por encima del accesible a la fría inteligencia masculina. Que hable la mujer de sí misma,

de lo que la impresionó directamente o de lo que la toca de cerca, y se mostrará incomparable en la emoción, en la agudeza del rasgo, en el color y el movimiento del relato.

Por eso la *Historia de mi vida*, de George Sand, es sin disputa el más interesante de sus libros.

Desde sus orígenes hasta nuestros días la historia de la literatura femenina es Francia viene a ser, según del libro de M. Larnac se desprende, una continua alternancia de esfuerzos de las mujeres y violentas reacciones de la misoginia. En la Edad Media se percibe ya el antagonismo. Los más intransigentes enemigos de la mujer eran por entonces clérigos que la consideraban causa y origen de todo mal. Célebre entre los antifeministas se hizo Juan de Meung encarnizándose en millares de versos del *Roman de la Rose* contra "la graciosa mitad del género humano", como rezan apolilladas perífrasis anteriores a nuestro floreciente "garzonismo". Pero no bastaron tales oposiciones a impedir la aparición de poetisas y trovadoras en las plazas públicas medioevales.

De una de aquellas, María de Francia, contemporánea de Eleonora de Aquitania, cerca de la cual vivió en la corte de los Plantagenets, guardan las crónicas particular recuerdo. Como la guardan también de Cristina de Pisan, la primera — en orden cronológico — de las mujeres de letras que podríamos llamar profesionales en Francia. Cristina de Pisan se casó a los catorce años de edad,

en 1379, con un gentilhombre picardo al cual adoraba, y once años después quedó viuda con tres hijos. Pensó entonces en presentarse a los concursos poéticos para allegar medios de subsistencia, y en 1390 cantó en el de Avignon una doliente poesía comentò de su triste pero altivo desamparo. Tanto fué el éxito por ella obtenido que los antifeministas se agitaron. Pero sostenida por partidarios que su conmovida trova le valiera, Cristina continuó escribiendo, alcanzó en los torneos gran prestigio, y dejó dos obras que se leen todavía con curiosidad al cabo de cinco siglos: *La Cité des Dames* y *Le Libre des Trois Vertus.*

María de Francia y Cristina de Pisan deben pues ser consideradas como precusoras del gran movimiento renacentista que había de libertar a la mujer de anatemas seculares, exaltándola luego hasta glorificarla. Y fué en Italia donde este primer impulso se prolongó.

"Italia, dice M. Larnac, convirtióse en el siglo XVI en el emporio de las letras y las artes europeas. A ejemplo de los italianos los franceses hicieron de la mujer un objeto ideal de admiración. El predicador Antonio Dufour emprendió en 1504, a instigaciones de Ana de Bretaña, una historia de las mujeres célebres desde la Creación hasta la Doncella de Orleans, pasando por la Virgen, las santas y las diosas. Luego el jurista André Tiraqueau compuso en 1513, un *Tratado sobre las mujeres.* Tres años más tarde apareció en

París un diálogo apologético de las mismas. Ya en 1424 Dn. Luis Vives había dedicado un voluminoso trabajo a la necesidad de educarlas".

Fueron estos los tiempos a que nos referimos anteriormeinte, en los cuales vivieron María Estuardo, Margarita de Navarra hermana de Francisco I, Margarita de Valois y Madame Renée, hija de Luis XII, "la cual había estudiado mucho y discurría sabiamente de toda ciencia, hasta de la astronomía y el conocimiento de los astros".

Otras mujeres que no escribieron pero fueron inspiradoras de grandes escritores deben también ser mencionadas. Así la Beatriz de Dante, la Laura de Petrarca, la bruna Faustina de Joachim du Bellay; así Casandra Salviati, María "fleur angevine de seize ans", y Elena de Surgéres, cantadas por el divino Ronsard.

La ciudad de Lyon honró las letras francesas con una pléyade de poetisas: Jane Gaillarde, du Guillet, Luisa Labé. Entre Margarita de Navarra y Marcelina Desbordes-Valmore, Luisa Labé ha quedado siendo, ya lo dijimos, la más famosa. Consérvanse de ella veinte y cuatro sonetos y tres elejías vibrantes de encendido amor, cuya forma aparece descuidada y por veces incorrecta, pero en cuyos ecos repercuten a través de los siglos los más desgarrados gritos de pasión que exhalara jamás alma de mujer. Sainte - Beuve ha dicho de ella: "Luisa Labé poseyó la chispa sagrada; arranques como los de aquel corazón no se simulan".

Porque la sociedad de las mujeres superiores le enseña al hombre lo que se llama aquí *esprit de finesse* es sin duda por lo que los salones literarios alcanzaron tanta influencia en el siglo XVII. Del presidido por la marquesa de Rambouillet salieron el culto de la conversación y la reforma del estilo. Ciertamente aquel fué también el siglo de las "precieuses" ridiculizadas por Moliére y Boileau ¿Pero puede desconocerse a causa de ello que la frecuentación de las mujeres influyó por benéfico modo sobre los grandes espíritus contemporáneos?

En casa de la marquesa de Rambouillet y en presencia de damas como la duquesa de Longueville, la princesa de Montmorency, Mademoiselle de Vigean y Mademoiselle de Coligny recitó Voiture sus poesías, Vaugelas puso de moda la gramática, Corneille leyó *"Poliuto"* e improvisó Bossuet su primer sermón. Allí reveló La Rochefoucauld sus máximas y allí ensayaron sus pasos iniciales Madame de Sevigné y Madame de Lafayette.

Por entonces escribió también Fenelón su tratado sobre la educación de las señoritas.

Pero el siglo en que las mujeres reinan verdaderamente es el XVIII. No ya tan solo las letras más también la política les están sometidas. El rey, la corte, la opinión les rinden homenaje. Se multiplican los salones y es tal su predominio sobre la vida intelectual que en ellos comienzan a

germinar las ideas - madres de la futura revolución. Oigámos a M. Larnac:

"Tan numerosos eran los salones que los escritores se veían en dificultades para elegirlos. He aquí un programa mundano de hombre de letras del siglo XVIII imaginado por Sainte - Beuve: "jueves y domingo comida en casa del barón de Holbach; lunes y miércoles comida en casa de Madame Geoffrin; martes comida en casa de Madame Helvetius; sábado comida en casa de Madame Necker y, en fin, todos los días de cinco a nueve conversación en casa de Mademoiselle de Lespinasse".

A las comidas de Madame Necker, cuya hija se llamaría después Madame Stael, asisten quince o veinte celebridades que charlan, oyen música y representan comedias. Madame Helvetius recibía en Auteuil atrevidos ideólogos convertidos más tarde en jefes de la gran revolución. En casa de Madame de Holbach se agitaban, sobre religión y política, ideas incendiarias. Voltaire, Diderot, Grim, Rousseau, se reunían en casa de Madame d'Epinay. A honra tenían escritores, artistas y filósofos el volverse satélites de las mujeres de espíritu. Fué aquel el siglo de las correspondencias ingeniosas como la de Madame du Deffand, o apasionadas como la de Mademoiselle de Lespinasse.

Hasta las mismas ciencias atrajeron por último a las damas: recuérdese aquella Madame Du Chatelet que tan largos años reinó sobre Voltaire.

¿Contribuyó la revolución a emancipar a las mujeres? Parece que no. Ni siquiera les permitió hablar en los clubs. Mucha más libertad les concedió Napoleón, durante cuyo reinado brillaron Madame Cottin, Madame Krudener, Madame Campan, la duquesa de Durat, Madame de Chariére, Madame de Souzat y la renombrada Madame Stael enemiga declarada del emperador, precursora del romanticismo y gran propagandista de conceptos propios sobre el arte, el matrimonio y el divorcio. A esta época pertenece igualmente la deliciosa Juliette Récamier.

Toda mujer quiso entonces escribir su novela a ejemplo de Madame Stael, y surgió así aquella edad de oro de las "bas - bleus" objeto de las burlas de Barbey d'Aurevilly. "Las "bas - bleus", decía el agudo satírico (*blue stockings*) merecieron esta designación en Londres, en tiempos de Pope, porque llevaban medias como todos los pedantes de Inglaterra, y descuidaban la higiene personal en homenaje a las preocupaciones intelectuales".

George Sand, la inagotable, escribió para aliviarse, si hemos de creer a sus biógrafos. La literatura fué para ella un exutorio. Corta le resultó la vida para satisfacer sus pasiones desbordantes, y la incoherencia, tanto de su pensar como de su sentir, solo es comparable al inexhauto fluir de su estilo esplendoroso.

Aparecen con nuestro siglo las mujeres polemistas que discuten de política, de sociología, de re-

ligión y de moral: tales Arvéde Barine, Severine, Madame Adam, Madame Goyau. Más de las contemporáneas no se trata aquí. Limitémonos a recordar que Charles Maurras las acusa en su célebre libro *El Romanticismo Femenino* de cultivar una literatura de sensación; de no saber hablar más que de sí mismas, de sus nostalgias, de sus deliquios, de sus frenesíes; de prodigarse en fin en gritos interiores y "vagissements pamés" no desprovistos por cierto de belleza, pero reveladores en suma de su impotencia para salir de sí mismas y elevarse a una más vasta comprensión del mundo y de la vida.

M. Jean Larnac se aplica por último a definir los límites de la capacidad femenina.

Una cosa le parece evidente: las mujeres carecen de genio creador.

Rebeldes a toda regla no han podido componer jamás una obra poderosa y ordenada como la *Comedia Humana* de Balzac. Sobre temas de filosofía muchas de ellas han escrito fragmentariamente: ninguna llegó a producir algo parecido al *Discurso Sobre el Método* de Descartes o la *Etica* de Spinoza.

Las mujeres tienen el espíritu objetivo: todo lo refieren a sí mismas, y fuera de su sensación nada conciben; razones por las cuales no hubo nunca grandes escritoras de teatro ni verdaderas historiadoras. Sus novelas son casi siempre autobiografías disimuladas, y si cuando hablan de amor

se muestran maestras en el género romancesco, es porque precisamente el amor es el gran asunto de sus propias vidas. Refractarias al plan se abandonan a la imaginación y al sentir del momento: de ahí la superioridad de su arte en la correspondencia. Por último, si se pliegan difícilmente a las reglas sutiles de la poesía y si rara vez alcanzan el refinamiento en la expresión, en cambio es más fluida y como brotada del alma la substancia de sus poemas. Música y sensación: tales son las fuentes profundas que las nutren.

¿Es superior o inferior al hombre la mujer? Semejante cuestión no se plantea. La mujer es diferente y eso basta.

Por lo demás no cree M. Larnac que el sexo bello lleve en sí aptitudes para pulir largamente una obra literaria. La verdadera función de la mujer es dar la existencia material: crear en su carne. Y nota a este respecto que la gran mayoría de escritoras está compuesta de viudas, de divorciadas, de solteras en retardo, de víctimas de un amor infeliz. ("En el fondo de todo talento de mujer hay una felicidad fracasada", había dicho antes Porto - Riche) Se le ofrecería pues a modo de compensación y de consuelo la creación intelectual. Así parecería confirmarlo esa Sofía Kowalewsky profesora de matemáticas de la Universidad de Estocolmo, y detentora de la más alta recompensa del Instituto de Francia, cuando clama:

— "Yo lo he tenido todo en la vida, excepto

lo indispensable: nadie me amó nunca verdaderamente . . . ¡Ay de la mujer que pone entre ella y su amor una individualidad demasiado acentuada, un oficio de hombre: su trabajo la separará siempre de aquel a quien debieran pertenecer sus pensamientos por entero . . . !".

Al llegar al término de su libro se divierte M. Larnac en imaginar al hombre esclavo del vivir moderno, abrumado de necesidades y trabajos, sin tiempo para cultivar artes ni letras.

— Entonces, dice, irá a ocupar su puesto la mujer.

Esperemos que siempre se sustraerán al ritmo trepidante de las urbes arrebatadas por el vórtice del maquinismo, algunos cerebros masculinos capaces de pensar y de soñar . . . Pero de todos modos, rindámosles a las mujeres el homenaje que merecen: sin ellas el mundo carecería de poesía y de belleza.

JEAN RICHEPIN

UN golpe de teléfono me advierte a las 9 de la mañana que Mr. Jean Richepin me espera en su casa. (1) Es necesario no perder la ocasión, pues el ilustre académico debe dejar Paris esa misma tarde para ir a dar no sé cuantas conferencias en provincia. Cinco minutos después un automóvil me arrebata por calles y avenidas, bajo el tibio sol matinal, rumbo a la rue de la Tour, donde el maestro habita.

Lo encuentro pluma en mano, ante vasta mesa atestada de libros. Sentado en un sillón de alto respaldo y prolijas talladuras, que proviene seguramente de algún convento medioeval, el poeta de las *Blasfemias*, con su amplia "robe de chambre" y su barba en punta, se me antoja al pronto un prelado del siglo XVI, un "dómine serio de flacas manos y buen latín", ocupado en descifrar arcaicos palimpsestos . . . Más la súbita impre-

(1) Escrito en 1910.

sión no dura mucho. Ya Richepin está de pie y avanza hacia mí, sonriente, tendida la mano en signo de bienvenida cordial. Nada menos ascético que el aspecto de este membrudo mocetón de cincuenta años. ¿Como diablos he podido yo hace un momento encontrarle similitudes episcopales? De récia contextura, elevada talla y cara enérgica, el cantor de los vagabundos es todo un ejemplar de belleza varonil.

Encuadra su fisonomía pálida y morena, una barba retinta entre cuyas crespas marañas comienzan a blanquear algunas hebras; su cuerpo de atleta deja entrever al antiguo estibador de muelle y marinero de buque mercante en el eminente académico actual; y la flexibilidad de sus movimientos, la rudeza de su anatomía, la sonora frescura de su voz irradian fuerza. Fuerza y bondad. Como casi todos los fuertes, Richepin es bueno. No tendría más que ver la indulgente sencillez con que me acoge, para comprenderlo, si no lo supiera ya por el espíritu mismo de sus obras.

Mientras hablamos de la simpatía que él afirma profesar por nuestro país al cual uno de sus hijos hállase vinculado por lazos de familia, yo pienso en la sorprendente energía moral, en la potencia de trabajo, en la fecundidad y la acción maravillosas que su carrera representa.

Este maestro de las letras francesas, comenzó siendo un vagabundo como esos cuya poesía inarticulada y bárbara ha sabido él exaltar en versos

admirables, y sufrió, la pena de cárcel por haber "ultrajado la moral" en aquella *Chanson des gueux* áspera y bravía con la cual conquistara de un golpe sólo la celebridad y la prisión. Este flamante Oficial de la Legión de Honor, fué un rebelde irreductible que predicó contra todas las tradiciones por la palabra y por el hecho; y en el Quartier Latín repítense todavía viejas crónicas donde se refiere la historia de un mancebo de verbo armonioso y músculos de acero, que pasó como un huracán por los cabarets y los cenáculos tumbando hombres e ideas. Este conferencista elegante que diserta en las universidades para niñas sobre sujetos de exégesis literaria, en un lenguaje fino, espiritual, pleno de encanto, es el mismo que antaño arremetió sin misericordia contra todas "nuestras dulces y bellas ilusiones", contra "las supersticiones teológicas y las quimeras científicas"; el mismo novelista truculento de "Les morts bizarres", cuyos escalofriántes relatos de dolor y de muerte, atenacean el alma . . .

Sin renegar de su obra anterior, que es en definitiva la que le ha valido su elección en la Academia, — no obstante sus irreverencias y osadías —, Richepin ha suavizado su literatura en los últimos tiempos, como cuadraba hacerlo al hombre y al escritor maduros vueltos al seno de una sociedad burguesa. No escribe ya "blasfemias", ni esos atroces análisis de psicología mórbida en los

cuales otrora se ejercía un poco de perversamente su talento magnífico.

Dedícase más bien a dar a luz pequeños poemas, los cuales no por ser de una delicadeza y en veces de una ingenuidad adorables, resultan menos ricos en el vocabulario y en la métrica ni menos alados en la inspiración lírica, que los de su primera juventud.

Dedícase a la crítica. Sus trabajos sobre Rabelais a quien ha imitado como cuentista, y sobre Bossuet al cual acaso aspire a imitar como orador, son estudios notables que han de quedar entre sus mejores páginas de prosa.

Dedícase al teatro. Pero se dedica sobre todo a la oratoria y aquí si que triunfa sin restricciones su mentalidad inquieta y opulenta, siempre pronta a desbordarse por todos los cauces. Richepin es hoy en Paris el conferenciante más en boga. Desde luego el poeta de la *Glu* improvisa en vez de leer. Además, ¿cómo él que en su mocedad tormentosa y errabunda ha ejercido todos los oficios imaginables, habría olvidado ensayar el de cómico? Lo ha ensayado en efecto y hasta en el propio Paris trabajando en una de sus obras al par de Sarah. De este cabotinismo accidental — determinado sin duda por una afición innata — el insigne escritor conserva la seguridad de si mismo frente al público, la actitud y el gesto teatrales, el gusto por la declamación y por la mímica. Todo ello le sirve a maravilla para realzar

sus cualidades naturales de orador; la espontaneidad y la riqueza del lenguaje, la justitud deslumbrante de los tropos, la irradiación simpática y la fuerza comunicativa con las cuales encanta a su auditorio.

— ¿Usted sabe que yo conozco el español? me pregunta el maestro. Lo aprendí en Palma de Mallorca donde residí algún tiempo. Si voy a la Argentina como espero, encontraré medio de recitar versos castellanos en alguna de mis conferencias.

— ¿Y cual sería el tema que usted preferiría, maestro, para iniciar la serie de sus disertaciones en Buenos Aires? ¿Tiene usted preferencia por alguno?

— Oh si . . . Y a ese yo le dedicaría de buena gana dos o tres sesiones. Voy a dárselo sintetizado en un saludo a la Argentina para que lo haga público.

Y sentándose a la mesa escribe:

De tout mon coeur j'envoie un salut a la glorieuse République Argentine, la plus jeune de nos soeurs, en qui le sang latin verra s'epannouir sa fleur future, peut-être la plus belle.

Luego tendiéndome el autógrafo:

— He aquí una idea sobre la cual nosotros los franceses debemos detenernos. No es insensato el ir pensando desde ahora cual de los pueblos de nuestra raza podría recoger mañana la herencia espiritual de Francia... Por eso quisiera yo

fundar y desenvolver entre sus compatriotas de Vd. una teoría que tengo a este respecto...

Y bruscamente, cambiando de tono y señalando las palabras "muchas gracias" que había escrito en español al final del autógrafo, con la satisfacción de un muchacho orgulloso de su plana, me interpela:

—Eso está bien escrito, ¿verdad?

CLEMENCEAU

las 7 de la mañana el secretario del famoso estadista se presenta en mi casa con el anuncio de que Clemenceau nos espera. Las siete de la mañana, en París, en pleno invierno . . . ¡Pero si es casi de noche todavía! Mi pereza criolla debe, sin embargo someterse a esta insólita excursión matinal, y mientras me visto apresuradamente pienso en la prodigiosa laboriosidad de estos hombres.

Richepin me decía ayer que a él le ocurre con frecuencia trabajar 14 y 16 horas por día; cada vez que con mi amigo el Dr. Ercilio Rodríguez, hemos necesitado ir a ver a Mr. Levasseur o a Mr. Appel, cuando gestionábamos la creación de una cátedra de estudios argentinos en la Sorbona, los hemos encontrado inclinados sobre su mesa de trabajo, pluma en mano; Henri Roujon, secretario de Bellas Artes, miembro del Instituto, profesor, periodista, conferenciante, halla modo, pese a las exigencias de su labor continua y múltiple, de encerrarse tres o cuatro horas por día a compul-

sar documentos y ordenar notas para la redacción de un libro sobre arte que prepara. Maravilla comprobar como estas gentes solicitadas por los encantos de París, suprema flor de la civilización moderna, saben aislarse, encorvarse bajo la luz de sus lámparas solitarias, substrayéndose al tumulto de la urbe, para condenarse, (cosa que haría sonreír con lástima a nuestros ventripotentes mercaderes de ganado), a la tarea de acoplar vocablos y rastrear ideas.

— Es cuestión de disciplina, me dice el secretario de Clemenceau.

Sin duda; pero es sobre todo cuestión de cultura hereditaria, de finura mental, de inteligencia evolucionada y sutil, de gusto por las cosas del espíritu; es cuestión de comprender que esa disciplina se aplica nada menos que elaborar las fuerzas morales que gobiernan el mundo . . .

Clemenceau habita a dos pasos del arco de la Estrella, en la calle Franklin. Y es él mismo quien viene a recibirnos a la puerta de su gabinete de trabajo, donde quien sabe desde qué hora se encuentra ya. Su alojamiento es modesto y severo. Es un departamento en el piso bajo. Un amplio ventanal de su escritorio se abre sobre un jardín risueño, desde el cual penetran los fríos y descoloridos rayos de un sol invernal. Altas estanterías agobiadas de libros cubren las paredes. Su mesa de labor, en forma de herradura, se diría una tribuna. Y una tribuna, en efecto, se me antoja

más tarde, cuando el fogoso orador y el rudo polemista asoma un instante en su palabra incisiva, neta, transparente, plena de ideas. Afable y sencillo, me da las gracias por haber venido a su llamado y me invita familiarmente a sentarme. El mismo se sienta a la mesa que parece tribuna, y comienza a hablar.

A medida que habla se anima, y su palabra, sin perder la simplicidad de una conversación, cobra los contornos de una arenga. Me parece estar oyéndolo en el parlamento. Es aquel mismo cráneo protuberante, desvastado y reluciente como un casco de acero, aquellos mismos ojos negros y llameantes bajo el matorral de las cejas canas, aquel mismo mostacho áspero de entre cuyas hirsutas hebras suelen brotar en la discusión los sarcasmos terribles, las increpaciones fulminantes, los apóstrofes cuyo estallido de bomba ha volteado sin misericordia ministerio sobre ministerio.

Paréceme que voy a oírle de improviso el formidable *¡Allez vous en!* con que derribó como con un golpe de maza, al gabinete Jules Ferry . . . Pero no. El Clemenceau que tengo delante no es el implacable *tombeur* de ministerios; no es el polemista irresistible de *L'Aurore*, que se pordelanteaba hombres y gobiernos escribiendo vuelta a vuelta con su stylo de ironista, con su escalpelo de cirujano y con su florete de espadachín. Es, más bien, el doctor Clemenceau, sabio, artista, filósofo, hombre de mundo. Es el escritor sintético

y vibrante del *Gran Pan* y de *La Melée Sociale*, que a pesar de haber tomado como epígrafe para su obra más famosa, aquella frase del libro de Job: "¿No existe algo así como una guerra ordenada sobre la tierra a los mortales?", ha sabido predicar una religión de bondad y ha combatido durante su vida entera por los desheredados, hasta cuando defendía el culto del Esfuerzo que comporta conceptos ineluctables de destrucción y exterminio en los grandes entreveros humanos . . .

Reposado y lógico en su exposición; sin énfasis profético, sin grandilocuencia, sin esa hinchada y vacía retórica tan cara a nuestra raza palabrera; pero empleando en el discurso no sé qué amplitud oratoria que impone y que seduce, y en el concepto no sé qué condensada y justa sobriedad; clarovidente y seguro, sin petulancia, de sus juicios, el gran Clemenceau habla de Buenos Aires, de los pueblos latinos de América, de su próxima gira por este continente — en luchador y propagandista como siempre — interrumpiéndose a intervalos para consultarme un proyecto o pedirme una información, con esa modestia llana y simple de los grandes espíritus.

¡Las conferencias de Clemenceau! ¿Sobre qué puede disertar el gran tribuno ante nuestras democracias embrionarias, sino sobre la Democracia misma, al servicio de la cual él ha puesto su talento, su energía de hierro, sus cualidades todas de con-

ductor, de hombres? (1). La obra entera de este formidable combatiente, es la obra de un apóstol de la Democracia, uno como San Pablo moderno, mezcla de Cyrano y de Gambetta ... Político, orador, periodista, "pensador ingenioso y profundo, impregnado de espíritu científico", crítico, dramaturgo, novelista, Clemenceau es, ante todo y sobre todo, un demócrata. La tribuna, el libro y el periódico, no han sido para él sino instrumentos de áspera y tenaz pelea por la emancipación de los hombres, por el apoyo de los débiles, por el progreso de los espíritus, por la libertad de las conciencias, por el perfeccionamiento y el bienestar humanos. ¡Y con qué calma ha sabido tenerse enhiesto entre el polvo y la humareda de las bregas; conqué tenacidad ha sabido dar el ejemplo del esfuerzo, de la acción, de la esperanza!

Cuando salí de la casa de Clemenceau, mientras, rumbo a mi domicilio descendía lentamente los Campos Eliseos, entre la sonorosa balumba de vehículos que rodaban hacia el Bois, iba pensando en el juicio de Ponsoit a propósito del hombre a quien acababa de escuchar:

"Ese cerebro de una lucidez sin igual, es un cerebro bien francés. Clemenceau resulta sin disputa uno de los representantes más característicos y caracterizados de su raza enamorada de claridad,

(1) Es sabido que Clémenceau vino después a Buenos Aires, y, en efecto, dió una serie de conferencias sobre la Democracia.

de ideas generales, espiritual, valiente, hábil, ansiosa de justicia y de progreso". Y si hubiera de designarse con un nombre simbólico a este francés-tipo, habría que llamarlo como alguna vez lo llamó con ironía el famoso polemista alemán Maximiliano Harden:

¡Cyrano de Clemenceau!

No sospechaba el teutón al sobrenombrarlo así, que Cyrano de Clemenceau justificaría el mote, defendiéndola contra Alemania y salvando a su patria, a la hora de la Gran Catástrofe . . .

LAS IDEAS DE PAUL ADAM

AUL Adam fué sin duda una de las figuras más cautivantes de la moderna Francia literaria. Espíritu fecundo, de donde las ideas brotaban en abundancia, observador agudo de los grandes movimientos sociales, estilista vigoroso y colorido, ha construído una obra patética y pintoresca, que conquistó desde el primer momento la flor de los espíritus latinos. Una de sus primeras novelas, *La Fuerza,* llamó sobre todo la atención por el soplo balzaciano que pasaba por esas páginas donde se pintaba la historia de una familia francesa durante las guerras de la Revolución. Paul Adam quiso dar una continuación a este bello libro, donde se manifiestan todas sus cualidades y tendencias. *L'Enfant d'Austerlitz* y *"Au soleil de Juillet,* vinieron a completar el cuadro en que con tanta vivacidad evocaba la sociedad francesa en los albores del siglo XIX. Escribió enseguida *Iréne et les eunuques,* para describir el mundo

bizantino; pero en sus últimas producciones se volvió hacia las sociedades modernas, deteniéndose con preferencia en las más activas, en las más inquietas (América del Norte: *Le Trust*), o en las más rudimentales y salvajes (Africa central: *La Ville inconnue*). La elección de los temas revela cuales fueron las inclinaciones profundas de su espíritu. Paul Adam, como Balzac, fué un novelista más sociólogo que psicólogo: se interesó menos en el análisis de los sentimientos de un solo individuo, que en la evocación de un grupo humano, en la pintura de un medio social o en la reconstrucción de una época. Y sus preferencias remontáronse hacia los siglos en que se realizaron grandes cosas así el de la epopeya imperial: sin desdeñar el nuestro, con su poderosa vida industrial y con sus vastos conflictos sociales. Ambos debían lógicamente atraer la atención de esta naturaleza desbordante, que tuvo siempre el culto de la fuerza. Un gusto bien moderno de refinamiento, inclinábala, al mismo tiempo, hacia las civilizaciones decadentes donde artes y maneras de sentir alcanzan el colmo de la opulencia, de la delicadeza y también de la perversidad; así el amor de Bizancio y del Directorio, vienen a contrabalancear de curioso modo la admiración viril que Paul Adam manifestaba por las legiones romanas, por las luchas napoleónicas y por los grandes combates de la industria y de la finanza modernas.

Se comprende que un espíritu tan ardiente y una

voluntad tan robusta, no se encerrasen en las tareas monótonas y laboriosas del oficio de escritor. Fogoso, desbordante de actividad y de pasión, intervino temprano en las batallas políticas. Sus artículos de prensa, llenos de *verve* y pensamiento, escritos en forma nerviosa y centelleante, hacían las delicias de sus contemporáneos. De tiempo en tiempo Paul Adam viajaba. Había recorrido Egipto y América del Norte. Se aprestaba a acompañar la expedición del coronel Largeau al Africa ecuatorial, cuando una orden prohibiendo a las mujeres que siguieran las columnas militares, lo hizo desistir de su proyecto. Porque hay que decir que su esposa, modelo de fidelidad y de adhesión conyugales, lo acompañaba a todas partes. Con ella vino al Brasil, especialmente invitado por el gobierno de la república vecina.

Tuve el honor de encontrar a Paul Adam, durante una de mis permanencias en Europa, en el castillo de Montebise, adonde el maestro solía retirarse a trabajar durante inviernos enteros. Y fué en París, en su lujoso departamento de Passy, en donde le hice mi última visita. El célebre escritor ocupaba el primer piso de una vasta casa situada a orillas del Sena, en un barrio tranquilo y elegante. Para llegar a su gabinete de trabajo se atravesaba un salón adornado, entre otras cosas, con un magnífico retrato de su esposa. Rubia, bonita, de expresión inteligente y dulce, la madame Paul Adam de entonces, que pertenece a cierta distin-

guidísima familia de la sociedad francesa, se ha hecho religiosa y refujiádose en un convento de Italia, después de la muerte de su marido. Una de sus hermanas está casada con el famoso dibujante Cappiello, y la otra es viuda del novelista Lucien Mühlfeld. Se trata, pues, de una familia de artistas.

El escritorio de Paul Adam hallábase adornado con opulencia y confort. Predominaba allí el más rico estilo Imperio. Las tapicerías suntuosas, las estatuas, los libros raros, las encuadernaciones antiguas, prestaban al cuarto un doble aspecto de salón y santuario. De talla mediana y recia, el autor de *La Force* parecía un luchador. Todo en él daba la impresión de la juventud: sus ojos vivos, su fisonomía animada y su barba castaña bajo la cual brillaba la blancura de sus dientes. Era afable y sencillo. Hablaba con abundancia, subrayando de ademanes su discurso. Nacido en el Norte de Francia, nada en él revelaba al septentrional. Bien es cierto que contaba entre sus antepasados algunos orientales inmigrados a Provenza, lo cual acaso explique ciertas características de su naturaleza exhuberante.

A propósito del viaje que realizó después por el Brasil, y que estaba preparando entonces, me dijo:

—Los brasileños me han invitado ha visitar su país y estoy resuelto a partir. Pienso dar allá algunas conferencias sobre la idea latina y sobre la

civilización mediterránea. Me embarcaré después para navegar a lo largo de las costas del Brasil, hasta la desembocadura del Amazonas, pues tengo viva curiosidad por ver el río más grande del mundo, así como las selvas vírgenes que atraviesa. Penetraré en él y lo remontaré hasta donde sea posible. Después atravesaré otra vez el mar para ir a recorrer el Senegal y el Niger en el Africa francesa.

—Y a la América del Norte, ¿no piensa usted volver por ahora? He leído sus impresiones de la anterior estada. Alababa usted en ella, si mal no recuerdo, la actividad y el espíritu de iniciativa de los yankees . . .

—No veo probabilidades de poder visitar nuevamente a los norteamericanos. El trabajo me reclamará en París, cuando haya concluído la peregrinación que voy a emprender. La vida es corta y no quisiera yo marcharme de este mundo sin haber escrito unos cuantos libros más que tengo en el cerebro . . . Es, pues indispensable que aproveche mi tiempo."

Paul Adam se quedó un momento pensativo ¿Cruzó acaso por su mente el presentimiento de la muerte próxima? Luego prosiguió:

—En las impresiones de mi viaje por la América del Norte, a que se refería Ud. hace un instante, comparaba yo la virtud del suelo americano a la que los antiguos atribuían a la fuente de Juvencia. Los hijos de la caduca Europa desembarcados en

aquel país de prodigio, han vuelto a encontrar la juventud robusta e ingeniosa de sus antecesores germanos, helenos, fenicios y romanos. Pero usted sabe que desde hace algún tiempo me siento poseído por la idea latina . . . Mis estudios históricos, así como el espectáculo de los hechos actuales, me llevan a pensar que el porvenir del mundo saldrá de un acuerdo entre las razas herederas de la antigua Roma. Es el colosal pasado de los germanos y de los bárbaros, el que hace pesar hoy su hegemonía sobre Europa y el que los impulsa a conquistar el universo. En Alemania, un poderoso partido, el pangermanismo, secretamente apoyado por el Kaiser, sostiene que nuestra raza puede y debe ser regenerada por la germanización de Francia, y se encuentran sabios que se atreven a sostener esta idea paradójica, con todo el aparato de su ciencia presuntuosa. Henos, pues, constreñidos a defendernos a sangre y fuego contra el peligro de una nueva invasión bárbara. Para recordar la inminencia de tal riesgo a mis compatriotas, he publicado un libro: *Contra le Aguila.* Porque el águila germánica afila cada día sus garras con el propósito de despedazarnos. Creo que sólo uniéndonos con nuestros hermanos de la misma civilización y de la misma raza, podremos resistir al formidable empuje de este pueblo expansivo y brutal. (1) Pienso también que las na-

(1) Mi entrevista con Paul Adam se efectuó en 1910; júzguese si su visión del porvenir fué profética.

ciones latinas de la América, deben unirse contra las ambiciones anglo - sajonas. Usted comprenderá ahora porque me siento atraído hacia ustedes, a estudiar ese campo extraordinario de actividad y de grandes empresas, donde ustedes viven, esa joven energía que es cualidad nativa de todos los ciudadanos de ambas Américas. Ustedes, como latinos, participan de nuestros recuerdos y de nuestra cultura. Son en consecuencia los llamados a recoger el tesoro de civilización y de ideas que nos ha trasmitido la antigua Roma, y que las naciones situadas en los bordes del Mediterráneo se esfuerzan por acrecentar desde hace veinte siglos.

—¿Y no proyecta usted escribir un libro para desarrollar y sostener tales pensamientos?

— Desde hace algún tiempo me siento atraído por el Africa francesa. Los últimos sucesos, como la ocupación de Marruecos por nuestros soldados, — dignos herederos de los legionarios romanos, — han llamado mi atención sobre esas provincias magníficas donde se implantaban otrora las culturas orientales de Tiro y de Cartago primero y la de Italia después. Las viejas poblaciones autóctonas se habían adormecido durante largos años bajo el yugo musulmán. Pero todavía en Túnez, en Argelia y en Marruecos, e Italia en Trípoli hay que desenterrar los restos de la antigua civilización latina para hacerlos revivir. El espíritu mediterráneo, hijo de Grecia y Roma, recobra así el lugar que le corresponde sobre esa tierra africana

que estuvo bajo su dominio. Ya ve usted que la posesión del Africa del Norte tiene para nosotros un interés trascendental. No se trata solamente de una colonia admirable para nuestros agricultores y de un magnífico modelo para nuestros artistas; aquel suelo latino viene a ser el prolongamiento de Francia, y nos será bien pronto tan caro como un pedazo de nuestro propio territorio. Por todo ello, quisiera yo volver a escribir algunos episodios de su conquista, y me propongo hacer resaltar dentro de poco, refiriéndo el sitio de Constantinopla, cómo la gloria de nuestras armas continuó la gloria de los vencedores de Aníbal. Me propongo también dedicar un libro a la legión romana, ese instrumento maravilloso que sirvió para conquistar el universo. ¿Bajo que forma? No lo sé todavía. Veremos. Este proyecto es mas lejano...

El maestro se reconcentró un momento. Luego prosiguió:

—Pero yo le estoy hablando de cosas un poco extrañas al mundo en que usted vive. En América ustedes estarán más alejados que nosotros del antepasado común, menos obsedidos de recuerdos ancestrales. Las cualidades de audacia y de voluntad legadas por el genio romano a nuestras razas, se manifiestan entre ustedes en la áspera lucha por conquistar la riqueza y transformar las comarcas nativas. Sin embargo ustedes siguen de cerca los movimientos de nuestro espíritu, y se hallan incorporados sobre todo por el contacto intelectual,

a la gran familia latina. Vuestra ayuda nos será necesaria un día para mantener la supremacía de la idea nacida de nuestros cerebros... Usted sabe que los latinos y los griegos fueron los institutores de todo pensamiento y de toda civilización. Hasta en Oriente, hasta en la China se encuentran hoy ideas y tradiciones inspiradas por ellos. Aquellos hombres no valían solamente por la fecundidad de su espíritu, sino también por la luminosa claridad de sus creaciones, por la unidad y la armonía de sus obras. Oigo hablar de "una" cultura latina? ¿Acaso hay otra? La cultura latina es única. No hubo jamás cultura germánica, y es un gran alemán, Nietzche, quien lo afirma. Sin duda, poderosos genios y profundos pensamientos han nacido entre los pueblos de origen bárbaro, pero ellos son con frecuencia pesados, nebulosos y carecen de ese sentido que hace la belleza, la unidad, la armonía, — la cultura propiamente dicha. Para que el mundo no se sumerja en una atmósfera densa y ensombrecida, preciso es que la antorcha del espíritu latino no se extinga... He aquí lo que yo les diría a sus compatriotas de usted, si fuera a visitarlos. Les recordaría, evocando vastos cuadros históricos, cómo se ha constituído nuestra común civilización; les invitaría a esforzarse por aumentar la herencia; les exhortaría a reunirse a nosotros para mantener siempre encendida esa luz espiritual, hoy amenazada por la brutalidad de los Bárbaros. Y les demostraría

que esa sed de dominación, ese orgullo soberano, esas ánsias todopoderosas de que están dando muestras las naciones germánicas, sumergirían el mundo si llegasen a triunfar. Hay que trabajar por unir todas las energías latinas, para que ningún adversario pueda detener la expansión de nuestra raza, ni malograr las admirables cualidades que han hecho su grandeza . . .

Tales son las ideas que Paul Adam hubiera querido exponer a los argentinos. La muerte le impidió realizar el propósito de venir a visitarnos, como le impidió escribir aquellos últimos libros en que ambicionaba volcar su cerebro pletórico de pensamiento. Que al menos este pálido trasunto de su simpatía intelectiva y racial llegue hasta nuestro pueblo, ahora que, callada para siempre su gran voz, la posteridad inicia en Francia un poderoso movimiento de reacción admirativa hacia el pujante Apostol de la idea latina.

¿SE MATAN LAS IDEAS?

Quien era Hipólito Fortoul

ENDRIA yo seis años cuando conocí a Sarmiento. Fué durante una peregrinación, la última según creo, que este hiciera a la tierra maternal. San Juan entera estaba de fiesta para agasajarlo, y en mis lejanos recuerdos revive el espectáculo de la ciudad embanderada, de sus veredas atestadas de gente, de largos cortejos infantiles trajeados de blanco que desfilaban por las calzadas llevando flores y entonando cánticos.

Sabíase que el autor del *Silabario* era particularmente sensible al homenaje de las escuelas y se había dispuesto con buen tino, que fuese por estas interpretada la entusiasta bienvenida del pueblo entero al varón glorioso surgido de su seno. Acaso porque Sarmiento recordó en tal ocasión los ágrios sarcasmos conque sus comprovincianos lo habían ametrallado al comenzar su carrera ("¿cómo ha de poder escribir en *El Zonda* ni

en Chile ese ignorante? ¿dónde ha estudiado?"), por lo que recibió tan complacido aquel acto de reverencia y desagravio. Ello es que pareció gustarlo con delicia.

Lo veo todavía en uniforme de General, bicornio en la cabeza y espada al cinto, galoneado e impresionante dentro del círculo de funcionarios provinciales que lo acompañaban, inaugurando en la plaza 25 de Mayo una fuente de aguas vivas, único ornato artístico del municipio durante largo tiempo; y lo veo en otra ocasión de pié sobre el umbral de su casa paterna, grave el gesto, reluciente el cráneo desvastado bajo la luz meridiana, tendido el oído claudicante, escuchando a través de su bastón acústico con emoción visible, el discurso que, a seis pasos de distancia, le dirigía desde el medio de la calle cierto chiquillo amigo mío (¡quien me diera encontrar de nuevo aquel rapaz!).

Hablaba el tal muchacho en nombre de sus condiscípulos de las escuelas primarias agrupadas allí en torno, y era la oración — recitada de memoria con ademanes y efectos hábilmente aprendidos — una loa compuesta por su padre, otrora colaborador de Sarmiento, con el cual se hallaba entonces separado por disidencias políticas de larga data, que no habían conseguido sin embargo extinguir en uno ni otro los sentimientos de afección recíproca.

Cuando el chico terminó su laudatoria declama-

da con expresión "sorprendente" si hemos de creer a los periódicos locales de la época, vió al grande hombre adelantarse hacia él, sintió que lo levantaba en brazos, lo besaba en la frente y ¡oh sorpresa! percibió mojadas de lágrimas sus mejillas flácidas ¡Sarmiento había llorado mientras lo escuchaba! ¿Qué fibra sensible hizo vibrar la inocente voz del niño en el alma del rudo combatiente?

Olvidando antiguos cismas, presentóse al día siguiente el General a visitar a su viejo compañero el padre del muchacho y autor de la loa que tan honda resonancia alcanzara la víspera en su espíritu, (los diarios registraban el suceso), y fué aquella la ocasión en que mi amigo oyó hablar por vez primera de Fortoul.

Hipólito Fortoul . . . .

Volvía el nombre a cada paso a la conversación de los ancianos, sentados a la vera del jardín oloroso en el vasto patio provinciano. Oculto entre las plantas, a través de las cuales se había deslizado para contemplar a su guisa al héroe recien revelado con prestigios de leyenda a su tierna imaginación, mi amigo escuchaba desde su miradero la animada plática. Pero sólo un nombre retuvo de lo que entonces atendiera: el exótico nombre de Hipólito Fortoul. Cuando más tarde, — hombre ya —, conoció la circunstancia que lo ligaba al de Sarmiento, quiso saber quien era el tal Fortoul. Pero en vano. Los biógrafos del primero se limitan a mencionar al segundo sin agregar sobre él

informe alguno. Descubrir una obra suya en Buenos Aires resultó imposible. Fortoul . . . Fortoul . . .

¿Pero quien diablos era Hipólito Fortoul?

En Francia misma se conoce hoy apenas este nombre. Sin embargo novelas, libros de crítica e historia firmados por él merecieron en su hora comentos de Sainte-Beuve — que no los prodigaba — y su acción como Ministro de Instrucción Pública provocó en tiempo de Napoleón III trascendentales revuelos.

Hacia 1855 Arago atacó violentamente en el Parlamento francés, el programa de estudios en vigor. Su resonante discurso se aplicó a demostrar la ignorancia en que, según él, se dejaba a los educandos en materia de ciencias, al paso que se les atiborraba la cabeza de griego y de latín.

Saint - Marc Girardin tomó a su cargo la defensa de las humanidades (como volviera a hacerlo no ha mucho León Daudet en la Cámara de Diputados, pues la querella, política en el fondo, es vieja y siempre nueva), sosteniendo con clarividente elocuencia esta justa idea: fuera un desastre para el espíritu francés que los jóvenes desconociesen aquellas lenguas, pues ello importará desconocer también las condiciones de la propia, y alejarse de la cultura greco - romana, cuyo genio es patrimonio tradicional de los pueblos latinos.

Entonces intervino en el debate Hipólito Fortoul, elaborando un plan de estudios que conci-

liaba ambas opiniones. De acuerdo con él los alumnos aprenderían las letras clásicas, sin perjuicio de recibir al mismo tiempo nociones de matemáticas, de física y de química. Fortoul reglamentaba en su plan todos los estudios, de manera tal que ellos no exigieran de los estudiantes un esfuerzo excesivo ni desordenado; les recomendaba a los profesores que hicieran en común con sus alumnos las manipulaciones necesarias a la enseñanza práctica de las ciencias, y los invitaba con particular empeño a despertar sobre todo la curiosidad de los escolares, satisfaciéndola luego por medio de hechos experimentales, no de definiciones abstractas.

Este plan de estudios que en muchas de sus partes sigue siendo un modelo dentro y fuera de Francia, es lo único que se recuerda hoy del estadista - escritor, del entonces difundido colaborador de la *Revue des Deux Mondes*, cuyos amigos se llamaron Sainte-Beuve, Villemain y Cousin. Cuando los dos últimos, profesores de la Facultad de Letras, solicitaron su retiro en 1852, Fortoul se esforzó por retenerlos en actividad sin conseguirlo. Hubo por fin de someter su decisión ministerial al deseo de reposo de los grandes maestros, pero quiso despedirlos con un homenaje oficial digno de sus méritos, y lo hizo así proclamando a un tiempo mismo, en carta pública, el alto valimiento de los educadores, y el pesar sincero conque se resignaba el gobierno a privarse de sus servicios.

"He cedido a vuestra demanda — les decía — y he propuesto al Príncipe que se os acuerde la jubilación. El gobierno sabe apreciar las cualidades eminentes del espíritu, y se asocia al sentimiento que provocará sin duda en toda Francia, la noticia del retiro de dos de los más ilustres guías de la inteligencia y el gusto nacionales".

¿Pretendía el Ministro hacer olvidar con este gesto que en otras ocasiones había suspendido los cursos de Julio Simón en la Sorbona, y destituído a Quinet y Michelet del Colegio de Francia? La verdad es que siempre se le acusó de sostener el regimen de Napoleón III, Príncipe - Presidente, subordinando la instrucción a la política.

Fortoul escritor sufrió, como todos sus contemporáneos, la crisis del "mal romántico", verdadero estado de espíritu universal entre 1830 y 1888. Las teorías que exaltaban la imágen por la imágen y la tristeza por la tristeza, lo ganaron un tiempo, pero reaccionando de pronto convirtióse en lo que a la sazón se llamaba "un humanitario". No tenía esta palabra en la primera mitad del siglo XIX el sentido peyorativo que se le ha dado después. Ser humanitario significaba ocuparse sobre todo de cuestiones sociales. Bajo el título de *Grandeza de la vida privada* desenvolvió nuestro autor sus teorías en dos volúmenes, dos novelas cuyo título común pareció un tanto pomposo. Así lo hizo notar Sainte - Beuve en los siguientes términos:

"¡Grandeza de la vida privada! ¿A qué viene este cartel? Por mi parte preferiría ver escrito en el frontispicio de la obra: *La gloria de la humildad, Lo sublime de la mediocridad*... La vida privada se vive, se practica, se demuestra por el ejemplo y el relato pero no se preconiza".

Qui sapit in tacite gaudeat ille sinu

ha dicho el poeta elegiaco, lo cual es tan cierto cuando se refiere a las virtudes y dichas domésticas como a los amores misteriosos. Se puede levantar el velo para enseñarlos, pero no se debe ponerles un pregón".

Cuenta Fortoul en la introducción de su trabajo, que encontrándose reunídos unos cuantos artistas, diputados y hombres de letras, diéronse a discutir sobre los orígenes del progreso. ¿Donde había que buscar esos orígenes? ¿En la vida pública y social o en la privada? El único en sostener que los tales se hallaban en la vida privada fué Fortoul. Y para demostrarlo les leyó a sus interlocutores dos novelas de su composición: *Simiane* y *Steven*.

¿Cual es el argumento de esas novelas sepultadas hoy en un abismo de olvido?

La primera de ellas, *Simiane*, se desborda en disertaciones. Es la historia de una pareja feliz que cautivada en Suiza durante su viaje de bodas, por los encantadores horizontes de Vevey y por la sedante quietud de sus parajes, resuelve fijar su existencia allí y allí se queda sumergida en el más

seráfico de los amores, en la contemplación de la Naturaleza y en la adoración del Creador. Los únicos incidentes que vienen a interrumpir tan tierno idilio son las visitas del filósofo Juan Jacobo Rousseau, habitante de la comarca, cuyo vivir desorbitado y melancólico pone una nota de oportuno contraste en la paradisíaca felicidad de los esposos.

Lo que llamaríamos ahora "la tesis" de la novela sería que la pareja aquella había perfeccionado su alma a fuerza de abnegación y adhesión mútuas. Se puede llenar aquí abajo una misión de bondad, de belleza y de ventura, lejos de la agitación y el vano estrépito del mundo. Es, como se vé, la esencia de las teorías del ginebrino: el hombre nace bueno, la sociedad lo corrompe; debemos volver a la naturaleza.

Steven, el segundo relato, menos sobrecargado de disgresiones, tiende a conclusiones idénticas.

Novelista mediano sin emoción ni brillo, hallábase Fortoul mejor capacitado para cultivar la historia. Justamente meditaba una empresa de esta índole y se ocupaba en clasificar los papeles de Sieyés reunidos por él en largas y pacientes búsquedas, cuando lo sorprendió la muerte en Ems, en 1856, a la edad de cuarenta y cinco años, siendo Ministro todavía. Entre los legajos que dejó se ha encontrado este apunte:

"Durante el destierro de Sieyés en Bruselas sus amigos lo instaban a escribir sus recuerdos.

—*¿Cui bono?* contestó el desterrado. Mi obra es bastante grande para no necesitar comentarios; mis actos me revelarán a quienes quieran penetrar mis pensamientos. Y en cuanto a pretender enseñar con el ejemplo a los que vengan después de mí, sería empresa vana; los hombres no se enmiendan sino al precio de su propia desgracia".

¿No dejan estas palabras entrever un poco la modalidad íntima del concentrado y sombrío doctrinario?

Quedaron otros libros de Hipólito Fortoul, pero es hoy punto menos que imposible dar con ellos. He podido por mi parte hojear algunos en las librerías de viejo que se agrupan en torno del Panteón y San Sulpicio, así como en las cajas de los *bouquinistes* junto al Sena (en donde topé también, dicho sea de paso, con la novela de un escritor argentino que contenía intacto todavía el autógrafo de "sus homenajes admirativos" a una poetisa célebre). Gracias a tales rastreos me es dado reconstruir aquí la lista de obras del preterido ministro.

Fuera de *La Grandeza de la Vida Privada,* (1838) escribió Fortoul *El Arte en Alemania,* (1841), *De la Literattura Antigua en la Edad Media",* (1842), *Ensayo sobre la Teoría y la Historia de la Pintura* (1845), *Estudios de Arqueología y de Historia* (1854) y, en fin, *El Esplendor de Versalles* que, con el *Plan de Estudios,*

son a la hora actual los menos ignorados de sus trabajos.

¡Cuanta razón tenía Groussac cuando afirmaba que una biblioteca es ante todo un cementerio!

Hay escritores cuya producción parece condenada de antemano a perecer. Su recuerdo solo llega hasta la posteridad en alas de un fragmento — especie de despojo flotante sobre el lugar mismo en que el navío se sumergió. — De Arvers ha quedado un soneto, de Fayolle un verso, de Fourtoul esta sentencia: LAS IDEAS NO SE MATAN. Nuestro Sarmiento se apoderó de ella, la contramarcó ("las ideas no se degüellan") la difundió en América, y he aquí que por ese proloquio en el fondo trivial, muchísimo más que por su media docena de libros substanciosos y eruditos, o por su acción de diputado, de profesor y de Ministro de un regimen famoso — que todo eso fué Fortoul — subsiste en la memoria de los hombres, al cabo de tres cuartos de siglo, el nombre del autor de *La Grandeza de la Vida Privada.*

No se explica la fortuna de tal frase sino por la percuciente eficacia con que el borrascoso sanjuanino la esgrimió contra los bárbaros de su tiempo. Las ideas nó se matan sin duda, a la manera que se extermina un organismo vivo, pero en la afirmación hay un equívoco. Fortoul, y a su zaga Sarmiento, parecen querer significar que las ideas son cosas inmutables, cuya virtualidad se mantiene incólume a través del tiempo y las generaciones.

Lo cual es falso. Las ideas como las personas nacen, se desarrollan, alcanzan su plenitud, decaen y mueren. Hay ideas que viven un día. Hay otras que solo perduran a fuerza de transformarse y renovarse durante siglos.

León Daudet había expresado hace más de treinta años, en forma parecida, el mismo concepto que Fortoul y Sarmiento — seguramente sin haber leído a Sarmiento ni a Fortoul. *Le massacre ne tue pas les idées,* dijo en *Le Voyage de Shakespeare* (Cap. II, pág. 83). Pero completó más tarde en la "Acción Francesa" su noción del fenómeno añadiendo: "Salvo en las grandes cimas como un Santo Tomás o un Pascal, el pensamiento pasa de moda. Los grandes problemas eternos se presentan bajo aspectos diferentes".

Digamos que la vida de las ideas es semejante a la vida del recuerdo. Supongamos para aclarar esta comparación, que nos hallamos separados de un ser querido cuya imagen se refleja cada día en nuestra memoria. ¿Es idéntica a sí misma esa efigie cuantas veces nos aparece? Nó. Es cambiante según las disposiciones de nuestro espíritu y el diapasón que templa ocasionalmente nuestros sentimientos. Precisa o desvanecida, encontramos que la figura amada como en el delicioso verso de Verlaine:

N'est chaque fois, ni tout-a-fait la même
Ni tout-a-fait une autre...

Así las ideas. No surgen ellas a la manera de Minerva, armadas ya de la cabeza de Júpiter: se presentan primero confusas, se derivan de las anteriores, se definen, engendran otras nuevas susceptibles de multiplicarse hasta el infinito. Cada cerebro las comprende a su modo; su potencia fecundante es tan diversa como los terrenos en que les toca germinar. ¿Se trata de ideas políticas y morales de esas que conducen siglos? Observémoslas y comprobaremos que interpretadas a lo largo de las edades conforme a costumbres sociales y hábitos mentales sin cesar renovados, se van transformando en su decurso, a semejanza de la silueta femenina continuamente modificada por los caprichos de la moda.

Con su teoría del "eterno retorno" creyó Nietzche haber fijado una ley filosófica. Si como él lo pretendía, los pensamientos y los seres se agitan en un inmenso círculo sin salida, tal idea concebida por tal inteligencia a tal hora, debía volver a manifestarse miles de años después en el mismo lugar e idénticas circunstancias. Así eternamente. El error del genial loco estuvo en considerar las ideas como cosas invariables, siendo así que la condición misma de su existencia es la metamórfosis.

Contiene sin embargo una verdad esa filosofía del eterno retorno. Los pensamientos humanos fluyen todos de una sola fuente alimentada por sempiternos temas, siempre los mismos y siempre mál resueltos: los misterios del alma, de la vida,

de la muerte; los problemas de la moral, de la libertad, del orden. Semejantes enigmas inquietaron ya sin duda a los filósofos de hace tres mil años, mas las reflexiones que cuando buscamos explicarlos, nos sugieren a nosotros son disímbolas ¿Porqué? Por que es disímbola también la índole del vivir moderno.

*
* *

Las ideas no se matan, o según diría Sarmiento "no se degüellan" por que — para hablar a su modo — carecen de cogote. Pero esto no significa que sean inmortales. Mueren por sí mismas bajo la influenca inconstratablemente destructora de esa fuerza inmaterial como ellas que se llama tiempo, y desgastadas por el frote de la inteligencia y la sensibilidad humanas, o sea con los principios mismos que las engendraron.

¿No sería entonces más exacto afirmar invirtiendo los términos de la manoseada frase, que si los hombres no matan precisamente las ideas (aún cuando después de crearlas concurran a su desarrollo primero y a su disgregación después), las ideas en cambio suelen matar a los hombres?

Los tiranos — y los tomamos como ejemplo porque a ellos les dedicó Sarmiento el apotegma de Fortoul — lo han comprobado más de una vez a sus expensas.

LAS IDEAS DE M. PIERRE LASSERRE

UCHOS lectores de Lasserre se han sorprendido de verle hacer, en particular después del centenario de Taine, la apología del liberalismo ¡Cómo! preguntan ¿acaso ha cambiado de dirección el sutil espíritu que combatió el romanticismo, que atacó el individualismo anárquico, que se rebeló contra lo tortuoso y turbio de la filosofía alemana, que participó en la brega por la restauración del alma nacional en Francia?

Nó; Pierre Lasserre no ha cambiado. Es él mismo quien nos lo asegura en un reciente artículo de *Les Nouvelles Litteraires*. "Cuando me inicié en la vida intelectual — dice — era ya liberal. Lo era por naturaleza, lo era de nacimiento". Bien; pero ¿qué entiende por liberalismo nuestro autor? He aquí una palabra que, desde el punto de vista político ha cobrado en Francia un sentido peyorativo. Un agudo comentarista aclara así su significación:

"Liberal fué en otro tiempo sinónimo de abierto y generoso. Pero en el lenguaje contemporáneo *liberalismo* designa un método político que comporta todas las debilidades y todo los abandonos, una doctrina optimista que fiando en el mecanismo espontáneo de las leyes naturales, tiende a restringir la función de la autoridad en la sociedad". El liberalismo preconizado por Lasserre consiste en no someterse a sistema ninguno, en juzgar la realidad por sí misma con exclusión de toda idea preconcebida. Siendo la disciplina condición de toda acción fecunda, no tiene nada que ver con la especulación intelectual. Y bien digno de lástima parecería quien se rehusase a acoger una verdad, de cualquier parte que ella viniese y quienquiera fuese el que la trajera.

Curioso de todas las verdades Pierre Lasserre ha huido de los dogmatismos y sistemas que, aprisionando el pensamiento propio, impiden conocer bien el ageno. Pero lo que podríamos llamar su receptividad mental no lo ha inhabilitado para poner al descubierto y combatir enérgicamente las por él consideradas teorías disolventes de la vida intelectual en Francia. "Los soñadores como yo — declara — que desdeñaban un poco perezosamente la vida práctica, más no dejaban por eso de poseer un fondo de solidez moral y buen sentido, viéronse sorprendidos por las explosiones de un idealismo sentimental ansioso de transformar la vida en el sentido de la justicia y la humanidad,

pero sin tomar en cuenta las condiciones de la realidad, las enseñanzas de la experiencia, ni la ley positiva de las cosas. Semejante idealismo no podía producir más que desórdenes, decadencias y peligros".

De ahí su libro sobre *El Romanticismo francés* que, con los diversos estudios de Charles Maurras sobre el mismo asunto, constituyen algunos de los más agudos ensayos de crítica y estética de los últimos tiempos. En él se aplicaba a demostrar Lasserre que aquel gran movimiento arrastraba en su corriente un conjunto de quimeras, entre las cuales las realidades de la naturaleza y de la vida aparecían o repudiadas o falseadas en cuanto ellas contienen de duro y opuesto a la vanidad del hombre, a sus instintos de voluptuosidad y de pereza. Tal especie de mitología moral, exaltaba tan sólo la espontaneidad natural con detrimento de la formación y la cultura, de la disciplina y de la regla. Por eso se hacía necesario combatirla.

Esforzábase por mostrarnos el autor como el individualismo anárquico eliminaba las nociones de orden y medida, cualidades preciosas del espíritu francés; como la afición a la fuliginosa filosofía alemana desmendraba el sentido de la belleza clásica, tesoro de la herencia greco - latina; cómo la manía de convertir el *yo* en centro del universo tornaba en grandilocuente egotismo el incontestable genio poético de tales cuales grandes escritores. Sin repudiar la obra de un Hugo, de un Lamar-

tine, de un Vigny, el libro de M. Lasserre tendía a separar el metal de la ganga poniendo de manifiesto lo que, entre sus declamaciones resonantes y vacías, envolvía aquella de verdaderamente poético y perdurable.

¿Cual es para el disector del romanticismo el gran poeta, a la vez buen ciudadano, moralista y hombre de acción, el representante más genuino de las enseñanzas y virtudes tradicionales de su raza? Es Mistral. Dentro de lo que llama él la "línea homérica", cerca de Mistral coloca a Lamartine cuya producción puede ser considerada, a pesar de sus taras románticas, como un raudal de sentimientos armoniosos y profundos. En cuanto a las "cualidades homéricas" vendrían a ser las que favorecen el florecimiento pleno de los genios naturales y sanos. Así Mistral sería homérico por sus afinidades nativas más bien que por su formación mental. Como todos los artistas verdaderamente grandes, Mistral no imita a nadie ni ha sufrido la influencia de ningún maestro ¿Por virtud de su individualismo? Al contrario. "Si no imita a nadie en particular imita en cambio a todos los maestros superiores en cuanto ellos tienen de común: verdad, simplicidad, amplitud y hondura del sentimiento, depuración suprema de la materia, elaboración exquisita, vigor y nitidez del rasgo". Los trabajos de Lasserre — y los de Maurras — propenden a mostrar que Mistral no fué tan solo el primer poeta europeo del siglo XIX,

sino también el restaurador de una de las más bellas lenguas latinas, el defensor contra el jacobinismo centralizador de la democracia, de las libertades provinciales, es decir de un principio vital para Francia, si hemos de creer a los campeones del regionalismo político.

Una citación hará sentir la fuerza del concepto y la concentrada lucidez de estilo conque habla Lasserre de Mistral.

"Se piense lo que se piense — dice — de la abundancia de su inspiración, ella brota de una vena de naturaleza y de verdad jamás interrumpida. Lo que él ha cantado es permanente. Ha cantado como Hesiodo "los trabajos y los días", los trabajos que extraen de la tierra y del mar los alimentos para la humanidad; los días de cada estación del año y de cada estación de la existencia. Ha cantado el amor, el delicioso y doloroso amor que embriaga y desola los corazones de veinte años. Ha cantado el cariño y la dulzura maternales, la autoridad y la fuerza paternales, los lazos que fundan y sostienen la familia así como las calamidades destructoras que la amenazan: el gozo que da el bien adquirido por el trabajo; la fatiga y la fragilidad de cuanto conquistamos y fundamos; el orden inalterable y bienhechor de las preocupaciones de las aspiraciones, de las nuevas perspectivas que a cada una de sus edades le muestra al hombre el siempre diverso y siempre igual diorama del humano destino. Ha cantado los pla-

ceres y los dolores de la vida individual, y más todavía, lo bueno y útil que sobrevive en los restos de una vida bien vivida: el legado tutelar del pasado, la herencia y el beneficio de lo mejor que han concebido y creado las generaciones anteriores, la obra de los muertos, — la patria".

En materia filosófica el autor de *"La moral de Nietzche"* ha profundizado el pensamiento alemán. Ninguna simpatía intelectiva ni racial deja ver en sus inquisiciones para con Hegel, Shelling y Fitche, pangermanistas a quienes considera "propagandistas de la barbarie". Pero exalta en cambio a Leibnitz que escribía en latín y en francés, y cuya metafísica coloca al lado de la de Aristóteles y Descartes; a Goethe, espíritu europeo cuyas obras más bellas fueron creadas bajo el signo de la claridad griega; a Heine, judío cuya sensibilidad y cuya finura le parecen tan poco alemanas; a Shopenhauer, en quien ve algo así como una prolongación de los franceses La Rochefoucauld y Chamfort, moralistas y pesimistas de profesión; a Nietzche en fin, tan impregnado de literatura francesa y tan ecuánime para juzgarla.

Hegel y Fitche son confusos y sofísticos. Su sistema metafísico no ha sido construído para explicar las leyes del mundo y de la vida, sino únicamente para servir a las concepciones de sus interventores.

Tanto Fitche como Hegel han reemplazado la filosofía del "Ser" por la del "Devenir". "De los

principios de Hegel resulta que todas las civilizaciones, todas las religiones, todas las invenciones estéticas y morales del hombre no forman más que las fases de un desenvolvimiento único y necesario, en la inagotable totalidad del cual se expresa Dios". De ahí la importancia desmesurada que uno y otro filósofo le atribuyen a la historia. "Ven en ella — dice Lasserre — no un inmenso objeto de curiosidad, sino la revelación progresiva de Dios mismo por la conciencia de las partes todas de la humanidad". De este panteismo exagerado, del devenir de Dios a través de la evolución del hombre, Fitche no tuvo que hacer más que un paso, es decir un razonameinto, para sacar la siguiente consecuencia: siendo el pueblo alemán el más cultivado, el más fuerte y el más perfecto, en el pueblo alemán se manifiesta la parte divina de la humanidad.

A tan monstruoso orgullo deben los pueblos latinos oponer la razón y la claridad de su herencia. He aquí porqué Pierre Lasserre ha defendido en numerosos artículos el estudio de las humanidades, hoy seriamente amenazado en Francia por una demagogía corrosiva. "No solo para Francia es el humanismo el mejor instrumento de cultura de la razón: lo es también para todo país civilizado. Mezclándose a las fuentes de la vida nacional, el humanismo la reanima y exalta. La civilización en medio de la cual él nació, nosotros la continuamos. Y la consecuencia más palpable de esta fi-

liación es la necesidad del latín, su virtud única para toda educación intelectual verdaderamente sólida".

Dos volúmenes han aparecido ya, de los cuatro que se propone Lasserre dedicarle a Renan. Al decir de muchos de sus lectores (y al decir del autor mismo que me ha confiado sus propias preferencias) *La jeunesse d'Ernest Renan, Histoire de la crise religieuse au XIX siécle,* es la más apreciada y también la más considerable de sus obras.

En mucho sobrepasa el cuadro de este libro la personalidad del autor la la *Vida de Jesús.* Trata el primer tomo de los caracteres esenciales de la raza celta, desde los caballeros de la Tabla Redonda hasta Chateaubriand, La Mennais y Renan. Contiene además grandes frescos históricos sobre la vida monástica de Treguier, sobre monseñor Dupanloup y sobre la conversión *in extremis* del príncipe Talleyrand. Leyéndolo reviven ante nuestros ojos los seminarios de Saint Nicolás du Chardonnet y de Saint Sulpice; y podemos apreciar lo que desde el punto de vista científico tenía de insuficiente la educación de Saint Nicolás, así como lo que en Saint Sulpice había de serio en la enseñanza y humilde en el espíritu.

El tomo segundo lleva por sub - título *El drama de la metafísica cristiana,* y se retraza en él la historia de la filosofía y la teología desde el período alejandrino: la conjunción de Platon y el Evangelio realizada por intermedio de los filó-

sofos de Egipto, empalmando con el sistema dogmático del cristianismo, hasta llegar a la crisis de ideas del siglo XIX "de la cual Renan vendría a ser encarnación y testigo".

De la vida intelectual de Renan solo se tomaba antes en cuenta la gran crisis que le hizo perder la fé y abandonar el seminario de Saint Sulpice. Lasserre demuestra que sufrió otras, acaso menos dramáticas pero no menos influyentes sobre la dirección de su pensamiento. Así le vemos en 1848 entusiasmado por la religión de la humanidad y de la ciencia; su viaje a Italia en 1849 le hace cambiar ese culto por el de la belleza clásica y el arte renacentista. En 1855 la preocupación de la moralidad se sobrepone en él al estetismo, y escribe la *Vida de Jesús* influenciado por las ideas de Kant y por cierto mal definido misticismo; más la grita universal de los cristianos contra su libro lo empuja, decepcionado, hacia los autores libertinos.

Renan había admirado siempre Alemania. Creía haber encontrado en ella la reconciliación tan deseable del cristianismo con la crítica, de las masas populares con la aristocracia, de los intereses materiales con la cultura, de la filosofía con las costumbres, del industrialismo con el ideal ¡Júzguese de su terrible desencanto cuando estalló la guerra de 1870! No se levanta más de tal caída. De un amor perdido es posible consolarse; pero a la edad que él alcanzaba por entonces ha comenza-

do a secarse ya la fuente profunda de donde brotan las ilusiones nuevas, capaces de engendrar un nuevo amor. Las razas latinas del presente no le inspiraban gran confianza, bien que hubiera hablado magníficamente de la acción civilizadora de la Roma antigua y de la Roma papal del siglo XVI. He aquí que la traición de la amada de quien él esperaba todo bien, menoscabó su confianza en el bien mismo. Y se puede decir que Renan perdió dos veces la fé: la primera cuando leyó la *Vida de Jesús* de Strauss, la segunda cuando se firmó el tratado de Francfort.

En su último libro trata Pierre Lasserre de la acción y las ideas de Georges Sorel, teorizador del imperialismo. Analiza allí la obra entera del autor de las *Reflexiones sobre la violencia,* curiosa por su falta de orden lógico en la composición y en el sentido, así como por las repentinas claridades que de tanto en tanto la iluminan.

Georges Sorel ingeniero de profesión y burgués típico, vivió su vida entera obsedido por el odio de la burguesía. Descubre Lasserre en su trabajo, cómo el cerebro del francés aligera y clarifica la plúmbeas ideologías de Engel y Karl Marx. Según el famoso materialismo histórico de este último, la historia de la humanidad no sería sino una larga cadena de luchas entre las clases sociales: entre los barones feudales y los siervos en la edad media; entre la burguesía capitalista y el proletariado en los tiempos modernos. Pre-

tendía Marx que en virtud de una ley económica fatal, y también en virtud del desenvolvimiento de la industria, toda pequeña propiedad habría de ser a la larga abolida, y que los capitales, cada vez más acrecentados, concluirían por quedar entre las manos de un grupo de individuos cada vez más reducido. Así los proletarios un día más fuertes y numerosos que la otra clase, podrían apoderarse rápidamente de las riquezas acumuladas en pocas manos. (He aquí, a la pasada, una observación interesante: Sorel consigue amalgamar dos filosofías tan diferentes como la de Karl Marx y la de Nietzche. Resaltan en efecto en sus escritos inprevistas semejanzas entre la teoría de "la burguesía contra el proletariado", y la célebre distinción entre "la moral de los amos y la de los esclavos").

Pero acaece — Lasserre lo evidencia — que lejos de confirmarse la teoría del materialismo histórico de Marx, ha sido contrabatida por los hechos de la vida moderna. El capital no ha ido a parar a las manos de unos cuantos privilegiados; se ha repartido, por el contrario, en las de innúmeros accionistas grandes y pequeños, participantes de esas Sociedades anónimas que regentean en su mayor parte los negocios actuales. Percatados a tiempo del inesperado fenómeno, los neomarxistas, — Sorel en primer término —. comprendieron que la revolución no se cumpliría "fatalmente" según la predicción de Marx.

Era necesario ayudar su advenimiento. Para lo cual convenía mantener vivo en el pueblo el "espíritu proletario", el ánimo de "lucha de clases". Sorel proclama entonces el mito (en él hay toda una doctrina mítica) de la Huelga General considerada como principio generador de entusiasmo popular. La Huelga General será la simbólica columna de fuego que conducirá al proletariado a la victoria. ¿Cree deveras el apóstol que con tal signo vencerá por fin la clase a la cual él le marca el rumbo? Nó; pero el signo mismo mantendrá viviente y apasionado el culto de la violencia en el alma colectiva.

A patentizar lo sofístico y falaz de estas ideas está consagrado el *Georges Sorel* de Pierre Lasserre. "Este burgués burgueisante — decía recientemente un crítico, hablando del autor de las *Reflexiones sobre la violencia* — afectaba despreciar la mediocridad burguesa. Este sosegado figurón soñaba con aventuras combates y guerra social, en el ocaso de la más apacible de las vidas. Este ciudadano dócil a la autoridad y las leyes predicaba la insurrección y la algarada. Este desatinado ideólogo abrumaba de sarcasmos a los intelectuales de su mismo género. Alardeaba de su predilección por los proletarios conscientes e intransigentes, de quienes esperaba la regeneración de la moral, de la sociedad, del arte, del heroismo. Los cuales proletarios encandilados y halagados a un tiempo,

consideraban un respetable sándio al burgués que se consagraba a cantarles su epopeya".

Las conclusiones de Lasserre con respecto a Sorel, serían que se trataba de un emotivo, cuyas ideas se generaban en las vibraciones de sus sentimientos y sus nervios. No carecía de nobleza moral, pero su razón sin verdadera profundidad lo tornó descontento y rebelde. Detestaba la plutocracia moderna y soñaba con reemplazarla por otra cosa. De ahí su esperanza y su prédica en pro de una futura catástrofe social.

Muchos otros libros fuera necesario examinar para seguir la trayectoria del pensamiento de Lasserre, por entre las páginas de su obra integral. Digamos tan solamente ahora, de manera sintéttica, que sus volúmenes *La Moral de Nietzche, La Doctrina Oficial de la Universidad, Retratos y Discusiones, Las Capillas Literarias, Cincuenta años de Pensamiento Francés, Mis Caminos*, etc. tienen un sentido general coincidente con los que acabamos de reseñar. A través de todos ellos descubrimos en último análisis: la defensa de un arte simple, natural y sano, sin afectaciones ni extravagancias, cuya belleza resida en la pintura intensa de hondos sentimientos humanos; el empeño tenaz por salvaguardar "el orden francés", es decir el orden en la imaginación y en la vida real, de la cual es imposible sustraerse; la negación de que una generación cualquiera pueda romper con el pasado; el elogio de las humanida-

des clásicas consideradas como la mejor de las disciplinas para formar las almas; y, en fin, el anhelo de no aceptar importaciones extranjeras sino adaptadas y filtradas por el genio nacional, así como también la porfía por proteger, contra las nebulosidades de Germania, el claro espíritu de Francia, heredera de la latinidad.

Nacido en Orthez M. Pierre Lesserre es bearnés. Ama con ternura su tierra natal, y se enorgullece de pertenecer a esa fuerte raza pirenaica, de la cual salió su conterráneo Enrique IV. Cordial y sencillo de modales, acusa en su persona y sus escritos el sentido de las realidades al mismo tiempo que el de la poesía: la sensibilidad, la finura, el entusiasmo. Su adhesión al suelo nativo no le ha impedido viajar largamente por los campos del pensamiento y de la vida; pero a medida que avanza en edad, más solidario se siente con el terruño donde transcurrió su infancia y donde sus antepasados amaron, sufrieron y murieron. Lo ha probado así escribiendo novelas embalsamadas de ambiente provincial: tal ese *Crimen de Biodos*, cuyos capítulos celebran las noches del valle del Gave y el melancólico encanto de sus colinas ondulantes. Crítico musical ha estudiado *El espíritu de la música francesa* y *Las ideas de Nietzche sobre la música;* compositor ha desenvuelto en obras interpretadas por los conciertos Lamoureux, temas melódicos y canciones populares de su país. A la hora actual, y después de haber conquistado

sus ascensos grado a grado, primero en provincias, luego en los liceos de París, Pierre Lasserre dicta una cátedra en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona. La flor de la juventud universitaria acude a adoctrinarse en su palabra.

Suelo encontrarle en uno de los salones literarios más selectos y brillantes de París: el de la gran novelista Madame André Corthis, y le he interrogado sobre el tema de sus conferencias en la Argentina. He aquí el programa que ha tenido a bien exponerme:

Examinará las grandes corrientes de ideas del siglo XIX tomándolas en sus orígenes, es decir, más o menos entre 1815 y 1825, y siguiéndolas en un largo recorrido, durante el cual las comentará en profundidad más bien que en extensión. El curso se desarrollará en este orden:

1º La Reacción católica contra la filosofía del siglo XVIII: De Maistre, Bonald, Chateaubriand. Naturaleza y objeto exactos de esta reacción social moral y estética, más bien que de orden dogmático y sobrenatural.

2º Continuadores de la filosofía enciclopédica. Los ideólogos; su lucha contra la reacción católica.

3º Corriente liberal y ecléctica. Madame Stael y Cousin. Influencia alemana; influencia predominante de la misma; sus destinos en el siglo XIX. El Romanti-

cismo. Relaciones entre esas diversas doctrinas y posiciones.

A la carta en que me comunicaba su plan, agregábale M. Lasserre una postdata:

"Me hará un servicio — me decía en ella — indicándome si cree Ud. que tal curso puede interesar especialmente a sus compatriotas. Note que aún cuando parezca antigua, esta materia tratada por un espíritu filosófico nos mantiene de lleno en las cuestiones contemporáneas. Es completamente viviente. No hay nada de retrospectivo en el espíritu conque la encaro".

Contesté a la amistosa consulta, dictada sin duda, tan solo por su ejemplar modestia, asegurándole que la *élite* intelectual argentina escucharía sus conferencias, — o más propiamente sus enseñanzas puesto que se trata de un maestro, — con el respeto y la atención debidos a su pujante obra de crítico, de artista y de filósofo. (1).

---

(1) Motivos de salud impidieron en aquel momento el viaje de M. Lasserre.

INDICE

	Pág.
Prólogo	11
Un libro bomba	25
Las ideas de Charles Maurras	41
Algunos críticos	51
La poesía actual.—Paul Claudel y Jean Cocteau	63
La novela actual	77
La literatura femenina	87
Jean Richepin	99
Clemenceau	105
Las ideas de Paul Adam	111
¿Se matan las ideas? — Quien era Hipólito Fortoul	121
Las ideas de M. Pierre Lasserre	135

1087 8

KF351. E37

a39001 003856344b